

Unidad y Carismas

«Vivir dentro»: la unión con Dios

«De sorpresa en sorpresa».

Chiara Lubich y la unión con Dios

Giulia Eli Folonari

«Vivir dentro»

Chiara Lubich

Teresa de Jesús y la amistad con Dios

José-Damián Gaitán, o.c.d.

Yo/nosotros y Dios

Costanzo Donegana, p. i.m.e.

Estar enteramente con Jesús

María del Carmen Ruiz, m.e.n.

El Castillo «exterior»

Bruno Moriconi, o.c.d.

N.º 84/2012

Octubre - Diciembre



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carisma», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

«VIVIR DENTRO»: LA UNIÓN CON DIOS

Editorial

Hablar con Dios en el año de la fe *Manuel Morales, o.s.a.* 4

Perspectivas

El deseo de Dios *Gennaro Cicchese, o.m.i.* 6

«De sorpresa en sorpresa».

Chiara Lubich y la unión con Dios *Giulia Eli Folonari* 11

«Vivir dentro» *Chiara Lubich* 21

Testigos

Teresa de Jesús y la amistad con Dios *José-Damián Gaitán, o.c.d.* 22

El paraíso de Dios es el corazón del hombre *La Redacción* 28

Experiencias

Yo/nosotros y Dios *Costanzo Donegana, p.i.m.e.* 30

Estar enteramente con Jesús *María del Carmen Ruiz, m.e.n.* 35

Nuevos horizontes

El Castillo «exterior» *Bruno Moriconi, o.c.d.* 38

Hablar con Dios en el año de la fe

EL taxista de hoy no estaba para mucha conversación; respondía serio, con monosílabos. El día, efectivamente, estaba gris oscuro. Llovía con fuerza y soplaban mucho viento. Los periódicos y las tertulias de radio hablaban de los desahucios, la huelga, el desempleo, los despidos colectivos, la prima de riesgo... Y no sólo de asuntos económicos se hablaba. Se hablaba y se discutía hoy también de leyes civiles que, apelando a la “evolución social”, “desnaturalizan” a los pobres seres humanos, “desfiguran la verdad y la realidad” y le enmiendan la plana al Creador. ¡La cultura líquida! ¿Es esto orden social o “desorden social”?

En el gran hospital, el pasillo mismo hace de sala de espera a uno y otro lado. Debe estar escrito en algún sitio el aviso de “silencio”. Lo que yo observo es un bullicio de conversas en voz alta, un río de gente en las dos direcciones. De vez en cuando, en silla de ruedas, pasa alguien con rostro abatido camino de una consulta, una radiografía, unos análisis... El “funcionario” que conduce, medio en broma medio en serio, se abre paso simulando la bocina...

No consigo ver una sonrisa. Me parece todo tan funcional, tan inhumano... ¡Va tan deprisa esta corriente! Cuando ya consigues entrar y cerrar tras de ti una puerta, entonces sí, saludas al “profesional” que conoces por su nombre, le preguntas por su salud –porque anduvo de baja–, y... la relación humana quiere reaparecer...

¿Adónde vamos sin relaciones humanas saludables? ¿Por qué no nos miramos más a la cara despacio, con un poco de detenimiento? ¿No hay salud también en la mirada y en el silencio? ¿No somos todos hijos de Dios dignos de respeto, acogida, consideración? ¿O es sólo la técnica, los aparatos, las recetas médicas lo que cura? ¿Es que el amor no cura? ¿Será posible en este mundo hablar de Quien trajo a esta tierra el “orden del amor”, porque Él es el Amor y la fuente de las relaciones humanas? ¿Será posible? ¿O se habrá negado este mundo nuestro secularizado a pensar en Él y hablar de Él?

Es que la palabra “Dios”, escribía Martín Buber, filósofo y teólogo judío, ha sido manoseada, vilipendiada y profanada: *«Las distintas generaciones humanas han depositado sobre ella todo el peso de sus vidas angustiadas hasta aplastarla contra el suelo; ahí está llena de polvo y cargada con todo este peso... Debemos respetar a quienes no la admiten porque se rebelan contra la injusticia y el abuso de los que tan de buen grado se justifican con la palabra “Dios”; pero no podemos abandonar esta palabra. ¡Qué fácil resulta entender que algunos propongan callar durante algún tiempo sobre “las cosas últimas” para redimir las palabras del abuso a que se las ha sometido! Pero de esa manera es imposible redimirlas. No podemos limpiar la palabra “Dios”, no es posible lograrlo del todo; pero levantarla del suelo, tan profanada y rota como está, y entronizarla después de una hora de gran aflicción, esto sí podemos hacerlo»*¹.

Es lo que pretendemos en este número de Unidad y Carismas: “entronizar” la palabra “Dios”, intentar balbucear algo sobre lo que probamos y vivimos cuando le hemos buscado con humildad y hemos gozado de su encuentro y su amistad. Pero debemos hacerlo comenzando por los “expertos”, los santos, los que consiguieron penetrar en el Misterio y nos enseñaron a hacerlo. Porque Dios es Misterio, no un problema, como algunos sabios de este mundo han intentado denunciar.

Acercarse al Misterio exige una buena dosis de humildad y silencio, un vacío grande de nosotros mismos para acoger lo que nos supera y es Verdadero, la Luz pura, aunque dañe la vista y descubra rincones ocultos como los de nuestras pobres relaciones humanas.

No nos hemos inventado nosotros el deseo de Dios; está inscrito en el corazón de todo ser humano, lo mismo en la edad de piedra que en la era digital. Lo explicaba recientemente Benedicto XVI en una de sus catequesis sobre la oración: *«El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios»*. Hemos sido creados por Dios y para Dios, lo sepamos o no. Pero lo más curioso es que cuando conseguimos la humildad y la buena disposición para acercarnos a Él, lo que nos sorprendió fue encontrarle a la puerta llamando ya y esperándonos. *«Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»* (Ap 3, 20)².

«Dios desea que nosotros tengamos deseo de Él» (San Agustín).

Necesitamos hablar de Dios. Necesitamos hablar con Dios. En este número de nuestra revista nos hemos propuesto departir sobre nuestra unión con Él, una realidad que puede y debe abrazar e informar cada instante de nuestra vida, incluso cuando nos falta el tiempo para pensar en Él. Porque la relación con Dios es fruto de nuestro amar y sufrir, fruto del cumplimiento de su voluntad, fruto, y también causa, de nuestras mejores relaciones humanas, *«pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve»* (1Jn 4,20).

Podemos advertir vivamente su presencia en momentos de luz y también sufrir su lejanía en los momentos de la prueba... Pero es siempre Él, una Presencia que nos hace fuertes, nos “ordena” interiormente, nos abre a los demás, al mundo que nos toca vivir para, con Él, asumirlo y redimirlo y “ordenarlo”.

Queremos tratar sobre todo de esa manifestación privilegiada de nuestra relación con Él que llamamos oración. *«Santo Tomás de Aquino define la oración como “expresión del deseo que el hombre tiene de Dios”. Esta atracción hacia Dios, que Dios mismo ha puesto en el hombre, es el alma de la oración, que se reviste de muchas formas y modalidades según la historia, el tiempo, el momento, la gracia e incluso el pecado de cada orante. De hecho, la historia del hombre ha conocido diversas formas de oración, porque él ha desarrollado diversas modalidades de apertura hacia el Otro y hacia el más allá, tanto que podemos reconocer la oración como una experiencia presente en toda religión y cultura»*³.

Para entusiasrnos con la idea, bastaría recordar cómo define Teresa de Jesús la oración: *«Es tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»*. O aquella otra de Alfonso M^a de Ligorio: *«El paraíso de Dios es el corazón del hombre. ¿Dios os ama? Amadlo...Acostumbraos a hablarle de tú a tú, familiarmente y con confianza y amor, como a un amigo vuestro, el más querido que tenéis y el que más os ama»*.

Manuel Morales, o.s.a.

¹ M. Buber, *Eclipse de Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca 2003.

² Benedicto XVI, *El hombre en oración* (2), Audiencia general, 11 de mayo de 2011.

³ *Ibidem*.

El deseo de Dios

Gennaro Cicchese, o.m.i.

Sobre el deseo de Dios –que por amor se da y emplea toda su vida por el hombre, para su salvación y su divinización– y sobre el deseo del hombre, que, como respuesta a ese amor, se convierte en llamada y compromiso.

ES tal vez la fragilidad o el miedo, en este “tiempo postmoderno”, marcado por la incertidumbre de la vida y por la superficialidad en las costumbres –todo está permitido, porque la regla consiste en que ya no hay reglas– lo que nos ha llevado a una nueva condición humana fluctuante, indefinida e indefinible: “fluida”.

¿Deseo o deseos?

Oscilamos así entre el deseo y los deseos, entre deseo desatado o frustrado, entre deseo elevado o degradado a bajo instinto, haciéndonos siempre en menos humanos, desde el momento en que, cuando nos quedamos en la parte animal que hay en nosotros, perdemos de vista precisamente lo que nos constituye como hombres: nuestra *humanidad*. Porque es precisamente esto lo que estamos perdiendo de vista: el deseo de ser lo

que somos. Cuerpo y alma, carne y espíritu: totalidad unificada, reconciliada en unidad, en la identidad personal y en la acción virtuosa. Por eso *conocerse a sí mismo, dominarse y darse* son los desafíos de lo humano. Para realizar lo que la naturaleza ha puesto en nuestras manos: un proyecto de humanidad en desarrollo, la realización de nuestro ser persona. El hombre es en efecto ese ser cuyo ser es un desarrollarse en el ser.

El drama de una gran parte de la humanidad hoy día es la “pérdida del deseo”, de la “tensión” positiva, como búsqueda de sentido y de plenitud para realizar el propio designio. Pero existe un riesgo aún más sutil y más engañoso. El deseo, que cualificaba al hombre en cuanto ser libre, capaz de conocer y de querer, cada vez se hace menos necesario y fascinante. En el tiempo de la indiferencia todo puede/debe guardar silencio. También el deseo disminuye, en el tiempo

del olvido. Disminución del deseo, olvido del deseo.

Y sin embargo aumentan los *deseos*. Se ha dicho: *en un mundo en el que hemos dejado de creer en Dios creemos un poco en todo y –añado– al contrario de todo. Así en un mundo en el que el deseo se oscurece, aumentan los deseos*: en general son necesidades suscitadas por el comercio y por la publicidad, por el deseo de tener más que de ser, de aparentar más que de actuar. Deseos horizontales, que tienden a las cosas: “objetos del deseo” que una tecnología sofisticada y atrayente nos los hacen sentir más hermosos y más apetecibles. La invitación a apropiarnos de estos objetos nos expone a la enfermedad de creer que son fin en sí mismos, sobre la que los grandes autores de la psicología y de la vida espiritual nos han puesto muy en guardia.

Pero hay algo peor. El deseo no va simplemente dirigido hacia el mundo del bien y de lo real, sino cada vez más hacia el del mal y de lo posible, cueste lo que cueste. No hay otra moral, y así los deseos se dirigen hacia metas contaminadas, expuestos en las plazas de lo efímero y vendidos en el mercado de la idolatría. Deben ser consumidos rápidamente, uno tras otro, como cerezas jugosas, sin interrupción ni satisfacción total, para dejar abiertos la boca y el estómago a otros deseos. Deseos cada vez más contaminados por el mercado de la oferta, que propone y proporciona placeres sin alegría, sexo sin amor, poder sin límites.

El ser humano se va consumiendo así, cansado y exhausto, en una serie de deseos sin fin y sin límite: son los deseos desenfrenados. Se convierte en prisionero y esclavo, incapaz de esquivar el obstáculo más grande: el de liberar el propio poder, de ser libre y conquistar la propia libertad. La contaminación ha afectado a su naturaleza: consumismo y relativismo. Todo se puede conse-

guir y se consigue, pero no por eso uno es más rico: es el comienzo de la pobreza de lo humano, del hombre en el tiempo de la pobreza en el que la riqueza, paradójicamente, empobrece y aleja de la solidaridad y del compartir. Todo se ha rebajado, pero no hay igualdad; el objeto (deseado y deseable) es el que sujeta al hombre a sí mismo, sometiéndolo, “cosificándolo”. El hombre vive y muere, sofocado por la multiplicidad de los deseos.

Deseo de Dios y deseo de lo infinito: la sabiduría de las religiones

El filósofo judío Lévinas ha estudiado y comentado el Talmud, situándose en una perspectiva casi teológica. Influenciado por el clima cultural de la tradición judía, Lévinas afirma que *la fe en Dios es el deseo jamás satisfecho de infinito*. Lo divino no se muestra, permanece en silencio incluso ante la tragedia (Lévinas vivió la época de la Shoah), pero *hay una huella de divino en el deseo de Dios*, en el deseo de lo infinito, de lo absolutamente Otro, inaccesible al ser individual del hombre. «*Ningún viaje, ningún cambio de clima o de paisaje –así escribe en la mayor de sus obras, “Totalidad e infinito”– estaría en condición de satisfacer el deseo*»¹.

Dios ha desaparecido como *un misterioso viandante que ha querido borrar sus huellas*. Por eso Dios es el *Deseado: incluso no mostrándose al hombre, Él es el objeto de su deseo*. Pero este deseo no se funda sobre una vana voluntad de desear; el deseo es suscitado por el Deseado, es decir, el movimiento del alma que lleva al hombre a desear lo infinito más allá de sí es suscitado por la presencia de lo divino, del que es absolutamente distinto del hombre. Dios existe, pero no se muestra, y, aun no mostrándose, suscita el deseo de Sí en los hombres (la fe). Sólo así el hombre puede ponerse en camino hacia lo infinito,

en un movimiento que nunca se agota hacia la presencia infinitamente distante –diferente, del Totalmente Otro–, pero infinitamente deseada de Dios.

También la sabiduría cristiana, lugar de orientación y estrella polar en tiempos de fragilidad y de fluidez como los nuestros, nos ofrece una referencia rigurosa y clara. Así, en el número 27 del *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC), leemos: «*El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer hacia sí al hombre, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (GS, 19)*».

Se trata de una importante afirmación, respaldada por un texto significativo del Concilio Vaticano II. El deseo de Dios (genitivo objetivo: el deseo que nosotros tenemos respecto de él) nos lo ha puesto él mismo en el mismo momento en que nos ha creado. La comunión con Dios, es decir, nuestra relación privilegiada con él, originada y sostenida por el amor divino, es llamada y tarea. Por eso exige una respuesta libre y confiada, que se convierta en “entrega”.

Pero el *Catecismo* va aún más allá, y echa una mirada de conjunto al recorrido humano del “deseo” de Dios, de la búsqueda del hombre respecto de él, que ayer como hoy encuentra diferentes manifestaciones: «*De múltiples maneras, en su historia, y hasta el día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y sus comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.). A pesar de las ambigüedades*

que pueden entrañar, estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre un ser religioso: El “creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 26-28)» (CIC 28).

El texto subraya por una parte la universalidad de esta búsqueda, de este deseo común a todos los hombres, y afirma también la realidad decisiva del ser humano: no obstante la ambigüedad y las caídas, él es, en su naturaleza más íntima, *homo religiosus*, abierto a Dios y marcado por la relación con él. Sin embargo, eso no es suficiente. Cuanta más alta es la dignidad –y la humana es altísima, hasta el punto de que es hacia ahí donde Lucifer y sus secuaces dirigen sus ataques mortíferos– más alto es el riesgo. El *Catecismo* continúa: «*Pero esta “unión íntima y vital con Dios” puede ser olvidada, desconocida e incluso rechazada explícitamente por el hombre. Tales actitudes pueden tener orígenes muy diversos: la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o la indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas, el mal ejemplo de los creyentes, las corrientes del pensamiento hostiles a la religión, y, finalmente, la actitud del hombre pecador que, por miedo, se esconde de Dios y huye ante su llamada*» (CIC 29).

El riesgo es inherente a la fragilidad de la naturaleza humana, que está marcada por la herida del pecado y de las tendencias egoístas consiguientes, y también a su débil memoria (“El hombre es un animal que olvida”), por eso resulta fácil que caiga en la ignorancia y la indiferencia. Todas estas realidades ensombrecen ese deseo profundo inscrito en su corazón, oscureciéndolo, y lo llevan, del deseo vertical de Dios, que cons-

tituye de algún modo la naturaleza más profunda del ser humano, al deseo horizontal, que se manifiesta y se expresa en una multitud de deseos.

El deseo olvidado, sin embargo, no se anula: muere y vuelve a surgir en aquellos hombres que han sabido vivir profundamente, es decir, en la medida que han sabido aceptarlo y suscitarse: Sócrates, Buda, Mahoma y, naturalmente Jesús. La vida que se inspira en él se hace actitud, estilo de vida. El deseo, unido hasta ahora a cosas humanas y temporales, se impregna entonces de divino y de infinito.

El «deseo santo»

En el *Tratado sobre la Primera carta de Juan* (4, 6), san Agustín escribe una bellísima página sobre la “visión de Dios” que puede iluminar nuestro tema. Comparando las relaciones de Juan con Jesús y su incomparable grandeza dice: «*Y como ahora no podéis ver, sea vuestro ejercicio el deseo. Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Lo que deseas aún no lo ves, pero deseando te harás capaz de verlo, para que, cuando venga lo que has de ver, seas saciado.*

Pues así, como, si quieres llenar una concavidad y sabes cuánto es lo que se te va a dar, estiras la concavidad del odre, o del saco, o del recipiente, pues conoces cuán grande es lo que has de meter y ves cuán pequeño es el recipiente y estirándolo lo haces más amplio, así Dios, retardando su respuesta agranda el deseo, haciendo desear dilata el ánimo, y así le hace más capaz.

Deseemos, hermanos, porque hemos de ser llenados. Ved a Pablo cómo extiende el seno para poder contener lo que ha de venir, pues dice: No que ya lo haya alcanzado o ya sea perfecto; hermanos, yo no pienso que lo he alcanzado aún. ¿Qué haces, pues, en esta vida, ya que aún no lo has conseguido? Una sola cosa: olvidándome de lo de atrás, tiendo a lo de adelante, y sigo corrien-

do con la intención hacia la palma de la suprema vocación. Dice que tiende y que sigue corriendo con la intención. Se sentía incapaz de contener lo que el ojo no vio ni el oído oyó, ni vino al corazón de hombre.

Esta es nuestra vida: que nos ejercitemos en el deseo. Pero en tanto nos ejercita el santo deseo en cuanto apartamos nuestros deseos del amor del siglo. Ya lo hemos dicho otras veces: vacía lo que ha de llenarse. ¿Has de ser llenado de bien? Derrama el mal. Piensa que Dios te quiere llenar de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? Debe ser derramado lo que contenía el vaso, debe ser limpiado el mismo vaso, debe limpiarse incluso con trabajo y afán para que sea apto para algo. Dios es aquello que no puede expresarse por más que queramos decir, por más que digamos, ya digamos miel, ya digamos oro, ya digamos vino.

Y, cuando decimos Dios, Deus, ¿qué decimos? ¿Son estas dos sílabas todo lo que esperamos? Todo lo que somos capaces de decir es inferior a Él; tendámonos, pues, hacia Él para que, cuando viniere, nos llene, “ya que seremos semejantes a Él, puesto que le veremos tal cual es”».

En esta espléndida página agustiniana se ilustra ante todo la importancia y la necesidad del deseo, sin el cual la vida se empobrece y se reduce a la dimensión horizontal y no conduce a la visión. El deseo, en su energía originaria, es necesario para que el hombre se abra al conocimiento, y para hacerlo capaz de acoger a Dios (*capax Dei*), es decir, de ampliar su horizonte a las profundidades del mismo Dios, hasta convertirse en ejercicio y estilo de vida; búsqueda continua y pregustación de las cosas futuras y celestiales, prometidas a los que creen y quieren ejercitarse en acoger a Dios. Siguiendo con la imagen agustiniana: es agrandando el saco como se logra que pueda acoger un contenido tan inmenso.

El deseo también hay que elaborarlo y orientarlo en una práctica pedagógica, ética

y religiosa que lleve a buen término esta gran posibilidad inscrita en el corazón del hombre. Se trata por lo tanto de “ejercitarnos en el deseo”. Algo que ya san Pablo había enseñado y que también Agustín experimentó en su vida, resumiéndolo en la hermosa expresión del comienzo de sus *Confesiones* (1,1): «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti».

Por último, este deseo debe ser santo, es decir, separado de lo viejo y abierto a lo nuevo: si Dios nos quiere llenar de miel, ¿de qué sirve dejar en nuestros vasos el vinagre? Es necesario arrojar el contenido del vaso y mantenerlo constantemente limpio, siempre preparado para acoger a aquel que, sólo Él, puede llenarlo digna e infinitamente: Dios.

El deseo de Dios sobre nosotros

A mi amigo Djaz, que es un musulmán senegalés, le he comentado que estoy escribiendo sobre “el deseo de Dios”. «Un tema difícil –me responde–, no siempre es fácil comprender lo que Dios desea de nosotros». Su respuesta me impresiona. No era ese el enfoque que yo había pensado cuando me puse a hacer lo que he escrito hasta aquí: exponer el deseo de Dios en sentido objetivo (por parte del hombre). Pero existe también el reverso de la medalla. El deseo de Dios en sentido subjetivo, o desde ese otro punto de vista.

Y la pregunta surge espontánea: ¿Dios tiene deseos? Y si los tiene, ¿qué desea Dios de nosotros? No pretendo alargar mi mirada demasiado, sino quedarme en lo que considera el Nuevo Testamento, cuando afirma que «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad» (1 Tim 2, 4), o en el momento en el que Jesús ora para «que sean todos uno, como tu Padre estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con noso-

tros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17, 21).

En uno y otro caso se expresa una explícita voluntad divina, que se convierte en punto de referencia o de inspiración humana, además de invitación a ajustarse a ese deseo, a esa voluntad divina, para vivir la perfección cristiana. Los maestros de vida espiritual, desde Francisco a Ignacio, desde Teresa de Ávila a Teresita del Niño Jesús, han enseñado y dado testimonio de esto. También Teresa de Calcuta en nuestros días nos ha invitado a ser «*lápiz en las manos de Dios*». Y Chiara Lubich ha sintetizado la sabiduría de Jesús de esta manera: «*Ahora bien, Él dijo que sólo haciendo la voluntad de su Padre es como se ama verdaderamente, que todo el amor consiste en eso. Todos nosotros estamos cogidos por el deseo de tener a Dios como Ideal, de tenerlo como el primero, de amarlo realmente con todo el corazón; pues bien, existe un sistema: basta hacer su voluntad momento a momento con todo el corazón, toda la mente y todas las fuerzas*»².

En conclusión, Dios tiene el deseo de que nosotros tengamos deseo de él. Dios tiene sed de nuestra sed. Dios desea nuestro deseo. Y la vida verdadera es solamente aquella que se guía por el deseo: la cual no se logra ni por miedos ni por esfuerzos de voluntad, sino yendo tras un deseo que Jesús sabe acoger e indicar, reasumiéndolo en una enseñanza que es deseo divino. Como escribe Chiara: «*En el amor fraterno está la culminación de todo deseo de Dios que se hace mandamiento: “Yo os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros” (Jn 13, 34)*».

¹ E. Lévinas, *Totalità e infinito*, Jaca Book, Milano 2006, p. 31. Existe una edición en castellano: *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca, 1997.

² Cf. Ch. Lubich, *Colloqui con i gen*, 1975/2000, Città Nuova, Roma 2001, pp. 84-87.

«De sorpresa en sorpresa». Chiara Lubich y la unión con Dios

Giulia Eli Folonari

Conversar con Giulia Folonari es una experiencia especial. El objeto del coloquio es naturalmente Chiara Lubich, junto a la cual permaneció durante cincuenta años como secretaria –así es como se la vio siempre–, pero sobre todo como miembro de su focolar, su confidente y amiga. Le hemos preguntado sobre la oración de Chiara y su unión con Dios. La fundadora del Movimiento de los Focolares ha dejado muchos escritos sobre este tema, empezando por tres conversaciones extraordinarias tituladas “Sobre la unión con Dios”. A ellas remite Eli, mientras evoca algunos recuerdos personales. No se trata de una testigo pasiva y distante; Chiara la implicó en su misma experiencia, realizando, con ella y con los demás miembros de su focolar, y con el centro del naciente Movimiento, un auténtico “Santo viaje”.

¿Había oraciones que Chiara apreciaba de modo especial?

Siempre nos enseñó que debíamos recitar solamente las oraciones de los cristianos corrientes, porque estamos en el mundo, trabajamos...

Al mismo tiempo recordaba las palabras de san Pablo: «*Orad siempre, sin interrupción*» (cf. *Ef 6, 18*). Debíamos, pues, orar todo el día. A quien le preguntaba: «¿*Qué hay que hacer para orar siempre?*», respondía: «*Estando siempre en unión con Dios*».

Le gustaba mucho el *Padre nuestro*, sobre todo la primera parte, y el *Ave María*, también sobre todo la primera parte, porque es

más evangélica. También le gustaba mucho el *Gloria*; cuando lo recitaba sentía una relación con cada una de las tres divinas Personas.

Sobre todo en los primeros tiempos, todos los días, después de la Comunión, se quedaba en la iglesia y se leía el testamento de Jesús, la oración con la cual Jesús pidió al Padre la unidad –el capítulo 17 de san Juan–, para tenerla siempre presente, para ponerla en práctica.

Chiara la comentaba y se maravillaba de que nadie la hubiera puesto tan de relieve anteriormente.

Lo mismo había sucedido con el Grito de Jesús en su abandono en la cruz. Una

vez, estando en Baar, en Suiza, Chiara sintió que Jesús le decía: “He esperado veinte siglos para revelarme a ti”. Sí, Jesús le reveló de un modo nuevo su abandono. El mismo P. Casimiro¹, que le habló de él como del mayor dolor de Jesús, dijo que no sabía cómo le salió de la boca aquella afirmación, en la que nunca había pensado. Ahora ha entrado en la reflexión teológica.

También durante el Concilio Vaticano II se incluyó la novedad de “Jesus en medio” de nosotros, introducida por los obispos que estaban en contacto con Chiara: Vanni, Mingo... Recuerdo que le telefoneaban: «*Hemos conseguido introducir la realidad de “Jesús en medio” junto con todas las otras presencias de Jesús...*».

Otra oración típica de Chiara era el llamado “Consenserint”

Lo hacía a menudo, varias veces al día. Jesús había dicho que cuando dos o tres, en la tierra, se reunieran para pedir juntos algo (*consenserint*, en latín) en su nombre, el Padre lo concedería (cf. Mt 18, 20). Y ella lo hacía. Cuando había algún encuentro o iba a hablar, nos llamaba a las de casa o a las que tenía a su alrededor, entrábamos en la capilla, delante de Jesús Eucaristía, y Chiara pedía el Espíritu Santo. No pedía nada especial, sino que el Espíritu Santo la guiara, la iluminara, que le hiciera decir lo que tenía que decir. Cuando volvía de los encuentros, decía: «*Siento una alegría...*»; sobre todo después de la Conexión –la conversación telefónica que la ponía en contacto con todo el Movimiento extendido por el mundo–, porque sentía que creaba entre todos la unidad, el testamento de Jesús realizado a una escala tan amplia.

Es la alegría, la experiencia de la unión con Dios que se siente después de haber amado a los hermanos, como escribe en una famosa meditación suya: “Hemos estado con los

hermanos todo el día y, por la noche, hemos encontrado al Señor”.

Después de la Conexión, sentía al Señor enseguida, cuando salía de la sala, sin esperar a la noche. «*Siento un “gozo” especial*», decía, no sabiendo cómo definir esa alegría. De hecho, estaba muy contenta y luminosa.

Así pues, algunas veces sentía la unión con Dios inmediatamente, como fruto de haber amado a los demás; otras veces, más tarde, por la noche...

Pero lo que nos ha enseñado desde el principio es que hay que escuchar siempre “su voz”, la voz de Dios, que se manifiesta en lo que dicen los superiores, en los deberes que cumplir en el trabajo, en el colegio, en todas partes. Daba mucha importancia a la inspiración, a la voluntad de Dios significada y a la de beneplácito, hasta el punto que ella misma, en la vida de focolar, a veces nos decía: «*No has escuchado la voz, porque si la hubieras escuchado, habrías hecho tal cosa...; o habrías hecho algo diferente de lo que se te propuso*». Nos enseñaba a tener esta relación con el Espíritu Santo, constante, inmediata.

En este camino de unión con Dios el modelo era María.

Recuerdo cuando Chiara descubrió la “*Vía Mariae*”. Volvíamos en automóvil desde Roma a casa, a Villa Pacelli en Grottaferrata, donde vivíamos. De repente, dice: «*Si nuestro modelo es María, su camino es nuestro camino*». Era un período en el cual entre nosotros se había puesto de relieve la santidad, la llamada a ser santos, y veía esta coincidencia entre nuestro camino de santidad y María. «*En su camino, nuestro camino*», decía mientras yo conducía, y empezó a repasar, uno tras otro, los episodios evangélicos de la vida de María. Sólo consideraba el Evangelio, nada más. Empezó con un episodio, luego otro... se hacía preguntas... Llegados a la Villa, enseguida empezó a exponer a cuantos estaban en casa lo que

había comprendido durante el viaje, para verlo en unidad. Entre otras personas, estaba allí Vale Ronchetti, la cual, escuchando a Chiara hablar de la Anunciación, afirmó con espontaneidad: «*Es la elección de Dios*». Y Chiara: «*Tienes razón, es justamente la elección de Dios*».

Así, gradualmente, recorrió todos los episodios de la vida de María –hoy decimos las “etapas”–, refiriéndose siempre a la Escritura. De hecho Chiara dominaba la Escritura, sobre todo los Evangelios, y se remitía a ellos, no tanto a los estudios de Mariología. Había entonces un famoso mariólogo, el P. Roschini, de los Siervos de María, el cual seguía nuestro Ideal; ella lo había llamado “María popa”, “María Niña”. Pero Chiara estaba mucho más interesada por el Evangelio que por los escritos mariológicos. El Evangelio, sólo el Evangelio.

Así pues, la Anunciación, la visita a santa Isabel, o sea, la alegría de comunicar nuestra elección; el nacimiento de Jesús, comparable a saber engendrar a “Jesús en medio”; la pérdida de Jesús y el encuentro con las dificultades, lo imprevisible; luego los treinta años en la familia de Nazaret era la vida de hogar, con Jesús entre nosotros; después los años de la vida pública, la participación en las conquistas de sus seguidores, en la difusión del Ideal; hasta la Desolación de María en el Calvario: Jesús que le dice: «*¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!*» (Jn 19, 26), indicándole a Juan. ¿Cómo es posible? María pierde su maternidad divina. También cada uno de nosotros ha de saber perder ese “Jesús en medio”, fruto de un amor sin límites, por un traslado de zona, de tarea...

***¿Dios sabe cuántas cosas sucederom en aquel automóvil, mientras usted conducía!
¿Chiara rezaba en el coche?***

Me parece que empecé a conducir el coche de Chiara en 1952. Nada más subir, me

decía: «*Nada de Movimiento. No hablemos del Ideal*». Dábamos una vuelta por el centro de Roma o por los alrededores. Para ella era un intervalo, un momento de descanso, de distensión. Más tarde, mientras paseábamos en coche, empezó a leer la correspondencia. Entonces me decía: «*Responde así, así....*». Cuando me suplió Anna Paula como conductora, yo me sentaba detrás, con Chiara. Me hacía leer algún informe y tomaba apuntes: «*Esto sí –me decía–, eso también....*». Pero entonces eran paseos largos y a veces le sugería a Anna Paula: «*Sigue hasta que hayamos terminado*».

De repente, dice: «Si nuestro modelo es María, su camino es nuestro camino». Era un período en el cual entre nosotros se había puesto de relieve la santidad, la llamada a ser santos, y veía esta coincidencia entre nuestro camino de santidad y María.

Al principio, cuando aún salía conmigo, a veces venían también D. Foresi² e Igino Giordani³. Íbamos, por ejemplo, a Castel Fusano, y allí leíamos los textos del “Paraiso”, los apuntes que Chiara había escrito durante su experiencia del verano de 1949. Hablaba de cosas bellísimas, ¡pero en aquellos años, 1952-1953, aún no existía el magnetofón!

¿Participabas en estas lecturas, en estas conversaciones?

Sí, sí; estaba callada, escuchando. Me gustaban muchísimo. Conocí las realidades de aquella experiencia extraordinaria de 1949 por las lecturas de sus escritos que Chiara hacía con D. Foresi e Igino Giordani.

¿Ibais también a algún santuario? Recuerdo haberla saludado en el santuario de la Ma-

donna del Divino Amore, en Roma. Me dijo que la nueva construcción le gustaba porque era moderna

A veces iba al Divino Amore, o a alguna iglesia de Roma a hacer la visita al Santísimo. En otras ocasiones, yo trataba de llevarla a ver algún monumento de Roma para distraerla. Ella aceptaba, pero era más por... amor a mí.

En el diario del 14 de febrero de 1971 escribía: «Te doy gracias, Dios mío, por esta casita que, a través del Movimiento, me has dado. Viviendo aquí, al ir o venir, incluso físicamente se está siempre junto a ti; y esto facilita pensar en ti... Tú me das la gracia de la intimidad contigo». En la casa de Rocca di Papa, su despacho tiene una puerta que comunica directamente con la capilla. ¿Chiara utilizaba a menudo esa puerta?

Fue una idea del arquitecto Marabotto, al construir la casa, colocar la capilla en el centro, en la primera planta, para que incluso materialmente fuera el centro de la vida de Chiara. No solo el despacho, sino todo gira entorno a la capilla: el comedor, la biblioteca... Chiara aprobó enseguida el proyecto. Ahora la colocación del despacho ha cambiado respecto al principio. Antes, abriendo la puerta de la capilla, su mesa estaba justamente delante del sagrario, del altar.

Pero vi a Chiara algunas veces sentada en un banco de la capilla escribiendo; otras veces paseaba, pensando, preparándose quizá para algún discurso.

¿Os invitaba a vosotras, que estabais en casa con ella, a “tener Jesús en medio”, a vivir el amor recíproco, que trae la presencia de Jesús entre nosotros?

Muchas veces. Por la mañana, nada más que salía de su habitación, decía: «¡Eli, ten-

gamos Jesús en medio!», para comenzar enseguida el día junto con Él. Otras veces, simplemente me saludaba, pero se sobreentendía esa invitación; yo comprendía enseguida que había que ponerse en lo sobrenatural, estar a la altura de la vida de unidad...

En cambio, cuando no había plena unidad, cuando “faltaba Jesús en medio”, nos lo decía: «Pongamos Jesús en medio; ¿cómo es que no está?». Era una invitación a volverlo a poner; en caso contrario, suponía que estaba.

Cuando llegaba alguna noticia especial o cuando tenía que responder a cuestiones importantes, ¿pedía vuestra unidad?

Era Chiara quien resolvía las cuestiones. Después nos llamaba. A menos que fuera algo muy serio, ella tenía su respuesta, pero después la contrastaba sobre todo con D. Foresi o con Igino Giordani, mientras vivió. Nosotras estábamos como detrás, a sus espaldas.

Recuerdo cuando aún estábamos en Roma, en la calle Tigré. Estaban Giosi, Natalia, Aletta y Marilén⁴. Estas cuatro focolarinas eran el primer apoyo con el cual Chiara hacía unidad. Yo acababa de llegar, por lo cual hacía otras cosas, contestaba al teléfono..., pero tenía “Jesús en medio” en la voluntad de Dios.

Durante el día, ¿hablaba con vosotras de Dios o no hacía falta porque el clima sobrenatural era ya profundo?

Para Chiara era importante llevar adelante la obra de Dios, trabajar por su Obra. La jornada era sobre todo una sucesión de encuentros. Recuerdo una vez, en la calle Tigré, que Giordani, almorzando con Chiara, magnificaba los votos de los focolarinos y no paraba de hablar. Y Chiara: «¿Qué te crees, Foco? También los sacerdotes, las personas vírgenes y los consagrados pueden ir al

infierno. Un casado, con todas las cruces que tiene en su familia, puede que ame más a Dios que todos esos consagrados». Él escuchaba... «También tú puedes hacer esta entrega completa a Dios. ¿La sientes?». «Seguro, Chiara; gracias, Chiara». Inmediatamente fue con Marilén a la iglesia de santa María Goretti, recién construida, a hacer el voto. Más tarde se vio con la Iglesia cómo podía ser posible una consagración de los casados, pero para Chiara era un verdadero voto, que, naturalmente, tenía en cuenta su condición.

¿Estos encuentros eran la ocasión para comunicar su vida espiritual, su relación con Dios? ¿Contaba alguna experiencia de la Palabra de Vida?

Más bien se iba de novedad en novedad. Construir la unidad, esto era el fundamento. Chiara nos exponía una realidad maravillosa y, al día siguiente, o a la semana siguiente o al mes siguiente, decía: «*Se da otro paso adelante*». Pasábamos siempre de sorpresa en sorpresa, de maravilla en maravilla. Luego, de vez en cuando, nos decía algo de su alma, pero era más bien raro. El objeto de sus conversaciones era siempre la Obra. O bien nos hacía una hermosa “hora de la verdad”, porque no había la unidad que ella habría querido. Era construir “Jesús en medio”.

Si entiendo bien, la luz, las intuiciones le venían de “escuchar la voz”, de su relación con Dios. Luego, comunicándolas, se enriquecían...

Relativamente. Ella desarrollaba las primeras intuiciones, y, gracias a la unidad con los demás, se le hacían más claras, más explícitas.

Se inclinaba más a crear la Obra, a suscitar la presencia de “Jesús en medio”, más que a cultivar su propia alma.

Por la mañana, hacía meditación, y era el momento de su unión personal con Dios, siempre atenta a lo que Dios quería, a los pasos adelante que tenía que dar para ella y para la Obra: era un informe que había que corregir, un focolarino al que llamar, una rama (de la Obra) que seguir...

Al comienzo de cada reunión con los miembros de la Escuela Abba nos pedía hacer juntos un “pacto de unidad”, e inmediatamente se recogía. Bastaba un instante, y estaba recogida. Con frecuencia recuerdo su persona totalmente en Dios. ¿Estaba tan recogida también durante la jornada?

Yo diría que siempre. Cuando estaba sola, era una persona íntimamente recogida en la voluntad de Dios. Teníamos mucho cuidado. Estábamos atentas a no molestarla, a no ser por motivos urgentes.

En su Diario ha expresado repetidas veces esta llamada y este deseo de estar sola con Dios. ¿No está en contradicción con su espiritualidad, tan fuertemente comunitaria?

En la relación con los demás se presupone la unión con Dios. Primeramente has de tener la unión con Dios y luego puedes crear la unidad, establecer “Jesús en medio”. No puedes guardarte para ti la unión con Dios. Chiara nos llamaba a las horas más impensadas y nos decía: «*He sentido esto, ¿lo compartís?*». Había una confrontación, que también ella quería. Nosotras, las de casa, estábamos acostumbradas al ejercicio de no vivir el yo, sino de amar, de estar siempre disponibles.

Con los demás responsables, que venían cuando los llamaba, era un poco diferente. Les exponía una cosa y todos se adherían. Rara vez alguien presentaba una dificultad, proponía algo diferente... Entonces Chiara cedía, los respetaba. Tal vez, meses después, volvían y decían: «*Chiara, si te hubiéramos*

mos hecho caso, ¡cuánto mejor habría sido hacer inmediatamente lo que tú dijiste! Habríamos evitado esto y esto...». Pero eran excepciones.

Con nosotras, las de su focolar, se sentía más libre. Incluso nos mandaba fuera de casa si no hacíamos unidad. Pero cuando había unidad también con los focolarinos, la unidad era aún más rica e intensa, porque cada uno daba su aportación, aportaba su característica. Esto también con las familias, con los jóvenes, con los religiosos.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo la aportación de Mons. Pablo Hniliča⁵, al cual Chiara le había dado el nombre de padre María, un jesuita eslovaco que había estado recluido muchos meses en un campo de concentración comunista.

Fue el primero en hacer un cotejo entre nuestro Movimiento y el comunismo real, y en comprender que el carisma de Chiara era para el mundo de hoy. Habiendo vivido tras el telón de acero, conociendo bien aquel tipo de comunismo, había descubierto en la Obra de María el remedio enviado por Dios: una espiritualidad colectiva que salvaba la libertad del hombre, frente a un comunismo que imponía el colectivismo, negándole la libertad.

La comprensión de que el Ideal de la unidad es respuesta a los signos de los tiempos viene, entonces, de padre María.

De una manera tan explícita y tan evidente, sí. Además, el carisma de la unidad es para la Iglesia y para el mundo de hoy. Mons. Hniliča concertó también la primera audiencia de Chiara con Pablo VI. El padre María era una persona importante en la vida de la Obra y en la vida de Chiara.

Uno de los instrumentos para verificar el camino espiritual y la unión con Dios era el examen de conciencia, para el cual Chiara

había preparado un folletito, que llamaba los “esquemitas”. ¿Era fiel rellenando estos “esquemitas”?

Sí, siempre, hasta el final. Los hemos recopilado. Los hacía rápidamente. Alguna vez los hacíamos juntas. A veces cuando por la noche estaba muy cansada, los hacía por la mañana, nada más despertarse. Hubo un período en el que había que responder a la pregunta “hombre viejo – hombre nuevo”: si durante el día se había vivido en el hombre viejo o en el hombre nuevo. Luego se quitó porque a alguien le daba escrupulos.

Chiara escribía también un diario, del cual se desprende una extraordinaria relación con Dios. ¿Para quién lo escribía? ¿Para vosotros?

Lo escribía para ella. Luego quizá, pasado un tiempo –yo no lo sé–, cuando tal vez le parecía que no tenía muchas cosas que comunicar, releía su diario y marcaba los puntos a enviar a los focolarinos y focolarinas.

Siempre aparece la misma lógica: dar el fruto de su unión con Dios.

Sí.

¿Cuándo lo escribía?

No sabría decirte. Quizá lo escribía en su despacho, o por la mañana temprano, después de la meditación, creo. No la vi nunca escribir su diario.

¿Rezaba por las grandes tragedias humanas?

Veía siempre el telediario para estar informada. A veces leía *L'Osservatore Romano* u otros periódicos, quizá solamente los títulos... Cuando había sucesos de una cierta importancia, como el derrumbamiento de las Torres Gemelas de Nueva York, enton-

ces, por la noche, cuando rezábamos, decía: «Pongamos en el corazón de Jesús esta situación, oremos para que se resuelva esta otra situación, para que haya paz, concordia...».

“Poner en el corazón de Jesús”. ¿De dónde viene esta oración suya? Me parece que es muy típica de Chiara.

Cuando yo entré en el focolar, ya se usaba. Debe venir de la Escritura, de la primera carta de Pedro: «Arrojad en él todas vuestras preocupaciones porque él cuida de vosotros» (cf. 1P 5, 7).

Chiara participó en muchos eventos públicos, por ejemplo en la Plaza de San Pedro en Roma, donde había multitudes. ¿También en esas circunstancias lograba orar?

En la espera aprovechaba para saludar a las personas. A ciertas personalidades tenía la ocasión de verlas sólo en tal circunstancia y la aprovechaba. Últimamente saludaba a algunos amigos suyos, como los fundadores de otros Movimientos. Era la primera en acercarse a todos. Después, cuando la misa, o cuando hablaba el papa, escuchaba intensamente. Nunca la oí hacer comentarios. Eran auténticos momentos de oración.

También participó en momentos de oración con otras religiones... ¿Cómo consideraba su oración?

Sus encuentros con miembros de otras religiones... No acabaría nunca de hablar. Por ejemplo, con los budistas, con Nikkyo Niwano, ya en 1981 en Japón. Él compartía todo lo que Chiara había dicho contando la historia del Ideal, aunque adaptada a ellos. Recuerdo que en otra ocasión dijo en público: «Yo soy un focolarino, yo me siento focolarino». Chiara lograba “hacerse uno” de tal modo...

O con los musulmanes. El imán Warith D. Mohammed decía delante de todos los

suyos: «Yo soy hijo de Chiara, seguidor de Chiara». Cuando ella habló en la mezquita Malcom X de Nueva York, suscitó un gran consenso: «¡Dios es grande!» fueron sus últimas palabras, y los musulmanes aplaudían.

Porque ella trataba de poner de relieve las cosas que nos unen. Esta fue siempre su característica.

Por la mañana, hacía meditación, y era el momento de su unión personal con Dios, siempre atenta a lo que Dios quería, a los pasos adelante que tenía que dar para ella y para la Obra.

Las relaciones más extraordinarias las tuvo con los hindúes. Recuerdo el primer contacto con una señora hindú. Era durante el Concilio Ecuménico. Giordani invita a Chiara a ir al Centro “Uno”⁶, en la plaza de Tor Sanguigna, porque iba a visitarlo una señora hindú. Chiara nos llama y nos dice: «Estos hindúes están unidos a Dios; o hallan en nosotros una gran unidad o no creerán nunca en el valor del cristianismo. Por tanto, tenemos que testimoniar una profunda presencia de Jesús en medio de nosotros». Recibimos a esta señora, relativamente joven, con su bonito sari. Habla con Giordani, con Chiara, con nosotros... Habrá estado con nosotros un cuarto de hora o menos. Al salir, le dice a Giordani, refiriéndose a Chiara: «Los ojos de esa señorita tienen a Dios dentro».

Chiara tuvo muy grande estima hacia estos hindúes, tanto que cuando fue a la India, empezó a hablarles de su experiencia del “Paraíso”, cosa de la que ni siquiera hablaba a los cristianos ni a nosotros. En cambio, allí, ¡inmediatamente! Tuvo una tal consideración de los profesores que conoció –naturalmente, no eran personas cualesquiera–, que se estableció una relación intensa, de estima recíproca.

Después de haber tenido estas experiencias con los budistas y los hindúes, cuando visitó a los judíos en Buenos Aires (Argentina), le parecían cercanos. Había tal patrimonio común, que comprendía por qué el cardenal Bea había querido que el diálogo con los judíos estuviera vinculado al Secretariado por la unidad de los cristianos, no al de las otras religiones. Había una gran diferencia con las demás religiones...

Los judíos también se sentían bien con Chiara. Aceptaban lo que Chiara decía, su descubrimiento de Dios-Amor, hacer la voluntad de Dios... la historia del Ideal como ella la contaba... «*Nosotros lo compartimos todo*», decían. Estaban impresionadísimos.

Mi pregunta se limitaba a la oración en las demás religiones, pero usted me ha llevado a la realidad profunda de la unidad con todas las religiones. En Chiara los miembros de las distintas religiones veían la unión con Dios y ella veía en ellos la unión con Dios. La oración es sólo una expresión de esta unión con Dios.

Cuando el padre Carlos Boyer, jesuita, en 1950 le había preguntado si su movimiento era ecuménico, ella le respondió que no. Después distintas circunstancias la pusieron en contacto con luteranos y miembros de distintas Iglesias. Sobre todo durante el Concilio Vaticano II hubo encuentros con los “observadores”, con el canónigo anglicano Bernard Pawley, que invitaba a almorzar con Chiara a otros delegados como Lukas Vischer, o Borovoj, de la Iglesia ortodoxa rusa, y otros. Borovoj sentía una afinidad especial con ella y llevó el Ideal a Rusia.

Con evangélicos, reformados y anglicanos, Chiara hablaba de la Palabra: «*La estudiaban –decía–, la escuchaban, ¿pero la ponían en práctica?*». Y les contaba experiencias de esta sociedad nueva nacida de la Palabra...

Lukas Vischer estaba asombrado: «*Usted tiene que venir al Consejo ecuménico de las Iglesias...*». Así comenzó la relación con el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Luego con el arzobispo de Canterbury, Michael Ramsey, y más tarde con el patriarca Atenágoras...

En un artículo suyo, usted ha hablado de las “noches” interiores vividas por Chiara. Según la teología espiritual, esos momentos son los de mayor unión con Dios.

Cuando Chiara estaba pasando su primera noche, iba a pedir consejo al P. Giovanni Battista Tomasi, estigmatino, en Roma, en la calle Mazzarino. Yo la acompañaba, me quedaba fuera del recibidor o en el coche. Ella siempre salía contenta. Pero poco después me decía que la acompañara de nuevo a visitar a ese Padre. Al principio era una vez a la semana, luego varias veces a la semana, cada vez con mayor frecuencia. Un día el P. Tomasi le dio un grueso libro de Juan de la Cruz, totalmente dorado, y ella, en el coche, empezó enseguida a hojearlo. Se veía reflejada. También ella se sentía –como escribe el santo español con el alma sometida a prueba– como una “araña”, como un insecto.

El focolar estaba en la calle Quattro Venti. Entonces Roma no estaba tan extendida como ahora. Todavía había campos alrededor y pastores con los rebaños. «*Me gustaría ser aquella oveja de allí –decía– porque al menos no tiene voluntad y actúa según la ley natural*». Cualquier mínima imperfección la veía tan agigantada que le parecía cometer pecados mortales. Es justamente lo que san Juan de la Cruz describe como noche oscura del espíritu. Chiara comparaba su camino de vida espiritual con el que el santo describía y encontraba una profunda consonancia.

Pero, para describir “nuestro” camino, da un paso adelante: para tener “Jesús en

medio”, que es toda nuestra vida, tenemos que perder no sólo nuestro negativo, nuestros apegos, el “hombre viejo”, sino también las inspiraciones, el “hombre nuevo”; debemos posponer incluso a Dios en nosotros por amor a Jesús en el hermano. Hablaba de perder a Dios por Dios, por la unidad verdadera, es decir, por Dios en medio de nosotros.

Durante la última noche interior en Suiza, en 2005-2006, cuando Dios, según sus mismas palabras, parecía “haber desaparecido como el sol en el horizonte”, ¿Chiara seguía orando?

Chiara no sentía a Dios. Una vez me dijo: «*Me parece haber perdido el carisma, que soy solamente Silvia*», no Chiara.

Como Jesús, que, en el abandono, se sintió solamente hombre.

También yo he dado esa explicación. Jesús crucificado y abandonado amó hasta ese punto. Pero quien se halla en esa situación no es capaz de darse esta respuesta. A pesar de no sentir a Dios, Chiara era fidelísima a la Misa, a las oraciones de la mañana, antes del almuerzo... siempre, siempre, yo diría que más que nunca. Antes, alguna vez, quizá en el apostolado, cuando hacía discursos, se saltaba alguna práctica de piedad. En cambio, al final era fidelísima y con una amplitud nueva, que iba más allá de la Obra, más allá del cristianismo y de todo. En sus últimas oraciones –Chiara hacía siempre oraciones espontáneas después de la Comunión–, añadía, por ejemplo: «*Por todos los moribundos del mundo, por todos los pecadores*»... Seguía orando, a pesar de estar viviendo esta noche terrible.

La última vez que la visité en el hospital fue una semana antes de su muerte. Me dio su bendición para todas las personas con las

que me iba a encontrar en Cuba, me aseguró su unidad y me dijo: “Hasta la vista”. Como último gesto de amor, aun estando en una extrema postración física, tuvo la fuerza de alzar su mano para que yo no me inclinara a besársela...

Hablando con Anna Paula, le había dicho: «*Avísame cuando llegue el último momento*». Luego sucedió aquel momento extraordinario del 11 de marzo. Estábamos Anna Paula y yo a ambos lados de su lecho. De repente, trata de quitarse la mascarilla del oxígeno y dice: «*¡La Virgen!*». Miraba a un punto preciso al fondo de su cama. «*¿Qué dices, Chiara?*». Y ella, más fuerte: «*¡La Virgen!*». Duró algunos minutos. Más tarde tuve el valor de preguntarle: «*¿Te ha dicho algo?*». «*Deja eso*», como diciendo que se trataba de su presencia.

Aquella noche pensé que tenía que decirle que había llegado su momento. Se me ocurrió hablar tan bien del Paraíso, de cómo Chiara lo había visto, de cómo nos lo había comunicado –no como algo estático, sino siempre nuevo–, y ella me sonrió, como diciendo: “¡Qué alegría ir al Más Allá!”. Era una preparación festiva para el encuentro con Jesús.

Chiara tuvo muy grande estima hacia estos hindúes, tanto que cuando fue a la India, empezó a hablarles de su experiencia del “Paraíso”, cosa de la que ni siquiera hablaba a los cristianos ni a nosotros.

Hasta entonces le aplicaban terapias muy dolorosas que le hacían sufrir, pero desde aquel momento ya no sintió ningún dolor. Al día siguiente, volvimos a casa, porque quería morir en casa. Nos había dicho varias veces: «*Volvamos a casa*». Tal vez

no se refería solamente a la casa de ladriillos...

Llegadas a casa, esa noche se corrió la voz de que Chiara se estaba muriendo y muchos vinieron a despedirse de ella. El último fue Peppuccio⁷, que tuvo valor de decirle: «*Chiara, estás a punto de entrar en el Paraíso para no salir más de él*». Chiara respondió con fuerza: «*Sí*». Esta fue su última palabra.

Para describir “nuestro” camino, da un paso adelante: para tener “Jesús en medio”, que es toda nuestra vida, tenemos que perder no sólo nuestro negativo, nuestros apegos, el “hombre viejo”, sino también las inspiraciones, el “hombre nuevo”; debemos dejar de lado incluso a Dios en nosotros por amor a Jesús en el hermano. Hablaba de perder a Dios por Dios.

Dado que la tensión arterial bajaba cada vez más, comenzamos a rezar el Rosario a su alrededor. Los médicos decían que, a causa de su situación respiratoria, la muerte iba a ser muy dolorosa, sin embargo fue dulcísima.

La última palabra de Chiara fue “Sí”, como la primera, cuando comenzó su aventura, el 7 de diciembre de 1943.

Respecto a esta “aventura”, tengo la impresión de que aún no se ha puesto de manifiesto toda la grandeza del carisma de Chiara. Bastaría el hecho de que en el Movimiento existe la presencia de los religiosos para mostrar su grandeza; o que a la cabeza del Movimiento, que también incluye sacerdotes, religiosos y obispos, por Estatuto, esté siempre una mujer. Este último hecho testimonia el perfil mariano que la Obra de María está llamada a mostrar en la Iglesia.

Cuando llegó a decirse que querían nombrar cardenales a Madre Teresa de Calcuta y a Chiara Lubich, ella no estaba contenta porque quería que se pusiera de relieve este perfil mariano, carismático, la grandeza de María en la Iglesia. ¿Cómo no recordar el acercamiento que hizo Juan Pablo II, cuando vino de visita al Centro Internacional de la Obra, entre la Iglesia posconciliar y la Obra de María?

Cuando, en el último año, venían a visitarla personalidades de otras religiones o del mundo del espectáculo, Chiara se encontraba estupendamente con ellos. Sentía que abría los horizontes y llegaba donde la Iglesia institucional no podía llegar. Podía abrir un diálogo confiado, profundo y libre precisamente por ser mujer.

Entrevista realizada por Fabio Ciardi, o.m.i.

¹ Casimiro Bonetti, ofmcap, al comienzo de los años 40, en Trento, era el director de la Tercera Orden Franciscana, en la cual entra Chiara Lubich. Fue también su director espiritual.

² Pasquale Foresi, el primer focolarino sacerdote, co-presidente de la Obra de María durante muchos años.

³ Iginio Giordani (1894-1980), periodista, escritor, diputado. Conoce a Chiara Lubich en 1948 y se convierte en uno de sus más estrechos colaboradores, co-fundador de la Obra de María.

⁴ Giosi Guella (1923-1995), Natalia Dallapiccola (1924-2008), Vittoria “Aletta” Salizzoni, Marilen Holzhauser (1920-1986) son algunas de las primeras compañeras de Chiara Lubich.

⁵ Pavel Hniliča sj (1921-2006), ordenado obispo en 1951, conoce a Chiara en 1953 en una Mariápolis.

⁶ El Centro “Uno”, secretaria internacional para el diálogo ecuménico del Movimiento de los Focolares, fue fundado por Chiara Lubich en 1961 quien puso su dirección en manos de Iginio Giordani.

⁷ Giuseppe Maria Zanghì, focolarino, colaborador de Chiara Lubich durante muchos años, especialmente en el aspecto cultural del carisma de la unidad.

«Vivir dentro»

Chiara Lubich

«**Q**UEREMOS convertirnos, Señor. Hasta ahora hemos vivido “fuera”; de ahora en adelante debemos vivir “dentro”, como María.

Porque también el vivir “fuera”, proyectados en el prójimo o en las obras –aun siendo por amor de Dios– si no es corregido por una fuerza espiritual que atrae continuamente el alma hacia lo profundo de su ser, puede ser el motivo de divagaciones, de muchas conversaciones inútiles, de “cosas santas” dadas a los “pe-rrros”.

Vivir “dentro”, crecer en el interior, desprenderse de todo, no para permanecer suspendidos entre el cielo y la tierra, sino “arraigados” en el Cielo, fijos en el Corazón de Cristo a través del Corazón de María, en una morada trinitaria, preludio de la Vida que vendrá.

Vivir “dentro” y ofrecer al prójimo solo la linfa que mana del Cielo dentro de nosotros, para servirle verdaderamente, y no escandalizarle con nuestra escasa santidad.

Vivir “dentro” como María, la inalcanzable, la Madre amada, la Reina, la Capitana que vence a Satanás por estar anclada en Dios y no por actitudes externas, que están lejos de Ella como la tierra del cielo.

Vivir “dentro” levantados en cruz por nuestras manos, para que Cristo continúe, a través de nosotros, la obra de reunificación en un mundo carnavalesco que sufre, que espera, que desea olvidar, que teme, que causa tristeza a nuestro corazón hoy, como las multitudes, ayer, a Jesús.

Vivir “dentro” para arrastrar al mundo, que vive sólo “fuera”, a los abismos de los misterios del espíritu, donde uno se eleva y descansa, se alivia y se fortalece, encuentra aliento para volver a la tierra y continuar la batalla cristiana hasta la muerte».

Teresa de Jesús y la amistad con Dios

José-Damián Gaitán, o.c.d.

La amistad es una realidad humana que para santa Teresa de Jesús (1515-1582) fue siempre muy importante en su vida personal y en su camino espiritual. De hecho es también una de las categorías desde la que le gusta explicar su relación con Dios. A esta misma luz se entiende su insistencia en el amor recíproco como condición previa y constante para una vida de oración y de unión con Dios

CASI desde las primeras líneas del primer gran escrito de santa Teresa, el conocido como *Libro de la Vida*¹, se puede comprobar lo importante que fue para ella el amor y la amistad. Sin ningún complejo dice que en su casa, en donde eran «tres hermanas y nueve hermanos», «era la más querida» de su padre (V 1,3). Y unas líneas más adelante confiesa también que en los años de su infancia tenía un hermano que era al «que más quería»; aunque añade a continuación que «a todos tenía gran amor y ellos a mí» (V 1,4). En ese ambiente y en esa familia no sólo aprendió a rezar, sino también a tener sus primeras experiencias de Dios y a captar, de alguna manera, la importancia de las cosas que le podían llevar a él (cf. V 1,4-7).

La amistad y Dios

Teresa, entre su adolescencia y primera

juventud –sobre todo después de la muerte de su madre, cuando ella tenía trece años– se despistó de alguna manera de lo que había significado Dios para ella en su infancia. Y todo ello debido en parte a la amistad que empezó a tener con otros jóvenes de su ambiente familiar más cercano, que tenían unos ideales humanos de los que se dejó llevar y que llama «vanidades» (cf. V 2). Esta fue una experiencia que duró unos tres años, hasta que su padre decidió internarla en un monasterio de monjas agustinas en el que tuvo la suerte de hallar una religiosa que la ayudó a encontrarse con lo mejor de sí misma, como mujer y como cristiana. En dicho monasterio estuvo interna aproximadamente un año y medio, entre los 16 y 17; un tiempo no muy largo, pero muy importante y decisivo para ella (cf. V 2-3).

Como se puso enferma, tuvo que abandonar dicho internado y fue a parar durante un tiempo a casa de un tío suyo, herma-

no de su padre, que hizo lo posible por animarla a volver de nuevo al gusto por las cosas de Dios, sobre todo a partir de la lectura de libros espirituales. Momento este importante en su vida, que ella describe de la siguiente manera: *«Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña»* (V 3,5).

Con 20 años decidió entrar en un monasterio de la ciudad y abrazar así la vida religiosa. Lo que le motivó escoger el monasterio de la Encarnación, de monjas carmelitas, fue que allí había una *«mi amiga, a la que tenía mucha afición»* (V 4,1). Pero, siendo ya religiosa, de nuevo las amistades, y el deseo de tenerlas, fue enfriando en Teresa su relación *«de amistad»* con Dios, y otras cosas e intereses, incluso buenos en sí o en apariencia, pasaron a ocupar el primer lugar (cf. V 7). Una situación personal y espiritual que Teresa describe así: *«Para caer había muchos amigos que me ayudasen. Para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída»* (V 7,22).

A pesar de esto, o quizá precisamente por esto, Teresa es consciente de la importancia de la amistad y de los amigos para ir por el camino de la experiencia de Dios. Siempre que dicha amistad nazca de Dios y se funde en él. De esta, de hecho, hace un encendido elogio precisamente al final del capítulo en que había explicado lo negativo que habían sido para ella ciertas amistades. Esto es lo que esta santa, amiga y maestra de la soledad para el trato con Dios en la oración, comenta a este respecto: *«Gran mal es un alma sola entre tantos peligros. Parece a mí que si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios. Por eso, aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuran amistad y trato con otras personas que tra-*

ten de lo mismo. Es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, ¡cuánto más que hay muchas más ganancias! Y no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos) no se ha de permitir que quien comenzare de veras a amar a Dios y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración» (V 7,20).

«Gran mal es un alma sola entre tantos peligros. Parece a mí que si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios. Por eso, aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuran amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo».

En aquel tiempo se solía pensar que comunicar con otros o a otros las cosas de Dios podía llevar a la vanagloria, pero Teresa ve más bien en ello lo positivo de poderse así ayudar y enseñar: *«Porque si es de verdad la amistad que quiere tener con Su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, salga de ello con mérito. Y creo que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechará a sí y a los que le oyeren y saldrá más enseñado; aun sin entender cómo, enseñará a sus amigos»* (V 7,20). Y un poco más adelante, siempre dentro de este mismo contexto, escribe: *«crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaría decir, si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto»* (V 7,22).

En esta misma línea, y dentro de este mismo escrito, se hablará de la importancia de *«hacerse espaldas unos a otros los que le*

sirven» (V 7,22), y de que «*son menester amigos fuertes de Dios para sustentar a los flacos*» (V 15,5).

Por lo demás, cuando redacta el Libro de la Vida (1561-1565), Teresa ya estaba viendo lo positivo que es tener personas amigas a las que ayudar y con las que ayudarse en el camino de Dios. Sirva como ejemplo de esto el siguiente párrafo: «*Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que (...) procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos*» (V 16,7; cf. 23,4).

La oración como trato de amistad con Dios

Después de todo lo que he dicho sobre la importancia que para Teresa tiene la amistad, creo que ahora se puede entender mejor qué significa para ella orar y meditar. La clave está en el trato de amistad con Dios. Un trato que, como en toda amistad, exige reciprocidad, es decir, no sólo dar, sino también recibir, y al revés.

Al intentar describir la oración teresiana, habitualmente se suele citar sólo la frase «*tratar de amistad*», sin el contexto en que se encuentra la misma. Es verdad que esas palabras en sí ya encierran una gran fuerza, pero se comprende mucho mejor todo su contenido cuando se las lee dentro del pasaje en que Teresa las pensó y escribió.

Lo que ella tiene que hacer en el *Libro de la Vida* es más bien hablar de su vida de oración, que era lo que los confesores le habían pedido que escribiera, pero, desde su propia experiencia, se permite hacer una invitación a otros para que entren sin miedo por el camino de la oración, y a este respecto escribe lo siguiente: «*Quien no la ha comenzado, por*

amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque, cuando no fuere adelante y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a estos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amáis (porque, para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones: la del Señor ya se sabe que no puede tener falta, la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata), no podéis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos» (V 8, 5).

En el texto que acabo de citar se condensa, sin duda, mucho de lo difícil que le resultó a Teresa en tantas ocasiones ponerse a orar o perseverar en la oración, pero también se puede ver su confianza y certeza del amor de Dios, que es amigo fiel y verdadero, que nunca falta a sus amigos, aunque nosotros no siempre seamos fieles (cf. V 11,12; 25,17). Así se explica que en dicho texto la definición de oración como un «*tratar de amistad*» vaya precedida de la frase: «*nadie le tomó (a Dios) por amigo que no se lo pagase*» (V 8,5). Lo que completa un poco más adelante con la siguiente reflexión: «*¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío! ¡Cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición y tan de mientras le sufrís Vos la suya! ¡Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido! (...). Sí, que no matáis a nadie ¡vida de todas las vidas! de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo; sino sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáisla al alma*» (V 8,6). Este aspecto del Dios amigo fiel es

algo que quizá no siempre se pone de relieve a la hora de explicar lo que es la oración para Teresa, pero a mí me parece fundamental.

La presencia amiga de Jesús

Para santa Teresa la amistad con Dios pasa necesariamente por cultivar la amistad con Cristo, que es Dios y hombre conjuntamente. Para esto es muy importante no sólo tenerle presente como Dios, sino también recordarle con frecuencia en su vida y en los misterios salvadores de su existencia terrena, y sentirle también glorificado y presente a nosotros en cuanto tal Dios y hombre.

En la época de Teresa no faltaron maestros espirituales que enseñaban que era necesario ir más allá de la humanidad de Jesús para alcanzar las experiencias más sublimes de Dios. Por eso mismo se consideraba importante, en la práctica de la oración mental, el prescindir poco a poco de toda representación corpórea, aunque fuese la del mismo Cristo en cuanto hombre.

Ella reconoce que, por algún tiempo se dejó llevar por esa «opinión», aunque era algo que iba contra todo lo que había sido su experiencia anterior, siempre tan apegada a ver y sentir a Jesús en toda la fuerza de su divinidad, pero también de su humanidad (cf. V 22,3-4). La lucha interior que le supuso ese momento espiritual de su vida la podemos ver sobre todo en el capítulo 22 del *Libro de la Vida*. En él no sólo expresa su dolor por haberse dejado llevar por semejante opinión, sino también su deseo de convencer a todos de lo contrario. Por eso se siente con autoridad moral suficiente como para decir al principal confesor al que iba dirigido dicho libro que tampoco él quiera seguir otro camino que no sea el de pasar siempre por Cristo hombre, y amigo del hombre, para llegar a Dios.

«Con tan buen amigo presente –escribe Teresa–, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia. Hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que vuestra merced, señor (se refiere al confesor), no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él le enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí» (V 22,6-7).

«No hay aquí que temer, sino que desear; porque, cuando no fuere adelante y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a estos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

A esta luz ve santa Teresa no sólo los momentos de oración, sino también la vida en su totalidad, porque la amistad con Cristo ilumina toda la existencia del hombre. Y no sólo eso, sino que lo introduce de verdad en las cumbres más altas de la experiencia de Dios: la contemplación de la Trinidad y

la vida trinitaria misma, con una gran comprensión del misterio de Dios y, desde él, todo cuanto existe. Se explica así, por ejemplo, la audacia de Teresa en lo que dice en el siguiente texto, en el que se refiere a determinadas gracias de Dios en esta vida: *«Se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced de éstas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa, sino a quien ve que, sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes y le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor que no se sufre escribir»* (V 27,9).

El amor al prójimo y la amistad con Dios

Aunque hable de esto al final de la presente exposición, no significa eso que para Teresa el amor al prójimo sea sólo una consecuencia del amor y la amistad con Dios. Más bien todo lo contrario. Ambas cosas, como no podía ser de otra manera, están estrechamente unidas. Lo hemos visto claramente en uno de los puntos anteriores, al hablar de la propia experiencia teresiana. Pero además es algo sobre lo que insistirá en sus grandes escritos. Así, en el libro *Castillo Interior* o *Moradas*, al finalizar la explicación de la primera morada, podemos leer lo siguiente: *«Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección (...). Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase»* (M 1, 2, 17-18). En capítulos posteriores de

esta obra volverá a insistir, al menos en dos ocasiones, de forma contundente en estas mismas ideas: que no se pueden separar nunca ambos amores; que uno, el del prójimo, es signo claro de si vivimos o no el otro, el de Dios; que de este tiene que nacer necesariamente el del prójimo; y que, si no se da un amor concreto hacia los prójimos, está claro que es poco o nada lo que se tiene del otro, el de Dios, por muy altas que nos parezcan nuestras experiencias espirituales (cf. M 5, 3,7-12; 7,4,1-19).

En el texto de *Moradas* que he citado más arriba Teresa dice expresamente que no se va a alargar sobre dicho tema porque de ello ya ha escrito bastante en otra parte. Y es verdad. Así lo había hecho en un escrito suyo cronológicamente situado entre el *Libro de la Vida* y el de las *Moradas*, es decir, el *Camino de Perfección*.

Dicha obra había nacido del deseo de comunicar a sus monjas algunas cosas sobre la vida de oración, pero ya en sus primeras páginas encontramos un arranque que es una decidida mirada hacia fuera y expresión de amor hacia lo que estaba viviendo la Iglesia en su tiempo; con sus dificultades, ciertamente. Y esto es algo que le parece tan importante dejar dicho con claridad antes de ponerse a hablar de la oración, que a ello dedica un amplio espacio en los capítulos iniciales (cf. CP 1-3).

En esa etapa de su existencia Teresa no concibe una vida dedicada al trato con Dios y a la oración sin que esta se sitúe al mismo tiempo dentro del marco del amor y de la pasión por la Iglesia y por las personas concretas que la forman: *«¡Oh hermanas mías en Cristo! ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones»* (CP 1,5). Y más adelante insiste: *«Cuando vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se em-*

plearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor» (CP 3,10). Casi se podría decir a la luz de *Camino de Perfección* que el amor y la pasión por los prójimos, junto con el amor hacia Dios y hacia Cristo, ha de ser el verdadero sentido y alimento de toda vida de oración.

Leídos los primeros capítulos de *Camino de Perfección*, se podría pensar que ya Teresa se va a poner a escribir sobre la oración, pero no es así. De nuevo inicia otro discurso previo que introduce de la siguiente manera: «Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias que, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor, y es imposible si no las tienen ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas» (CP 4,3).

La primera de estas cosas que son necesarias para una verdadera vida de oración es precisamente el amor recíproco en la comunidad, siguiendo el mandato del Señor. «Cuanto a la primera –escribe–, que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás; mas, más o menos, nunca acabamos de guardarle con perfección» (CP 4,5). Por otra parte, se trata de un amor que tiene que ser universal a la vez que recíproco, sin particularismos ni exclusiones: «Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar» (CP 4,7)

Los capítulos que se dedican a desarrollar este tema del amor recíproco (cf. CP 4-7) no son, sin embargo, puramente idílicos, sino más bien muy realistas en cuanto a las dificultades que pueden surgir, y también en cuanto a la importancia del vivir dicho

«Cuanto a la primera, que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman y recia ha de ser cuando dé enojo...

...Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar».

amor en la entrega de uno mismo a los demás, como Jesús lo hizo y enseñó. De hecho, las otras dos cosas a tener en cuenta por parte de los que quieren llevar una vida de oración son dos virtudes que podríamos llamar negativas: el desasimiento y la humildad (cf. CP 8-15). A este propósito dice: «Esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos nosotras. Aunque a los principios no sea tan perfecta, el Señor la irá perfeccionando» (CP 7,5).

Ciertamente, para Teresa se puede orar sin tener dichas virtudes, pero, como nos dirá en otro lugar, el empeño en crecer y progresar en la vida de oración tiene que ir acompañado de igual compromiso en crecer y madurar en las mismas, empezando por el amor al prójimo y el amor recíproco (cf. CP 16). No son estos, pues, para santa Teresa un puro fruto de la oración como amistad con Dios, sino su mejor y más seguro compañero desde el comienzo hasta las más altas metas.

¹ Cf. Teresa de Jesús, *Obras completas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2000⁵. Para los escritos de santa Teresa que aquí se citan usaré las siguientes abreviaturas: V = *Libro de la Vida*; CP = *Camino de Perfección*; M = *Moradas*. En el caso de esta última obra, hay que tener en cuenta la división de la misma en siete moradas o partes, que es lo que se indica con el primer número que se pone a continuación de la abreviatura M. Los números que siguen después corresponden, como es habitual, a capítulos y párrafos.

El paraíso de Dios es el corazón del hombre

La Redacción

Antología de textos sobre la oración y unión con Dios

Agustín de Hipona

Se dice que los monjes de Egipto hacen frecuentes oraciones, pero muy cortas, a manera de jaculatorias brevísimas, para que así la atención, que es tan sumamente necesaria en la oración, se mantenga vigilante y despierta y no se fatigue ni se embote con la prolijidad de las palabras. Con esto nos enseñan claramente que así como no hay que forzar la atención cuando no logra mantenerse despierta, así tampoco hay que interrumpirla cuando puede continuar orando.

Lejos, pues, de nosotros la oración con vana palabrería; pero que no falte la oración prolongada, mientras persevere la atención... Orar prolongadamente es llamar con corazón perseverante y lleno de afecto a la puerta de aquel que nos escucha.

Madre Teresa de Calcuta

Mi secreto es de lo más simple. Rezo y a través de mi oración me convierto en alguien que ama a Cristo, y veo que rezarle es amarlo y eso significa cumplir con su palabra.

Mis pobres de los barrios marginales son el Cristo que sufre. En ellos, el hijo de Dios

vive y muere, y a través de ellos Dios me muestra su verdadero rostro. Para mí la oración significa, unirme durante las veinticuatro horas con la voluntad de Jesús, vivir para Él y con Él.

Ignacio de Loyola

Una manera de ayudar a los demás que es de muy amplio alcance, consiste en oraciones y deseos santos (...) quienes hacen todas sus actividades en una continua oración, ofreciéndolas para el servicio de Dios, pueden compensar con deseos el tiempo que no pasan rezando formalmente.

Ayúdame a clarificar mis intenciones. Purifica mis sentimientos, santifica mis pensamientos y bendice mis esfuerzos, para que todo en mi vida sea de acuerdo a tu voluntad.

Tengo tantos deseos contradictorios... Me preocupo por cosas que ni importan ni son duraderas. Pero sé que si te entrego mi corazón haga lo que haga seguiré a mi nuevo corazón.

En todo lo que hoy soy, en todo lo que intento hacer, en mis encuentros, reflexiones, incluso en las frustraciones y fallos, y sobre

todo en este rato de oración, en todo ello, haz que ponga mi vida en tus manos.

Señor, soy todo tuyo. Haz de mí lo que Tú quieras.

Juan Bautista de La Salle

Dios mío, soy feliz de estar en oración con mis hermanos. Según tu palabra, te tenemos en medio de nosotros. Tú estás aquí, oh Jesús, para infundir sobre nosotros tu Santo Espíritu, como has dicho por medio del Profeta, como has infundido sobre tus apóstoles y sobre los primeros discípulos cuando estaban reunidos en el cenáculo, perseverando en la oración, en unión de mente y de corazón. Concédeme la gracia de tener una íntima unión de mente y de corazón con los hermanos y conformarme a las disposiciones que tenían los apóstoles en el cenáculo, a fin de recibir tu Espíritu con la plenitud que tú quieres y me deje guiar por el Espíritu en el cumplimiento de mis deberes, a fin de participar de tu celo en la instrucción de los que me confías.

Hno. Rafael Arnáiz Barón

Dios en su infinita sabiduría, no pregunta al hombre lo que desea para otorgárselo inmediatamente, pues generalmente éste no sabe lo que le conviene para su salvación, sino que, obrando por encima de la razón y los designios de la criatura, la lleva, la trae y la prueba de mil maneras... y el hombre dice: «Señor, ¿por qué hacéis esto?», y Dios parece que dice: «Confía en mí, vosotros sois como niños, y para llegar al reino de mi Padre, no podéis ir solos, ni señalar el camino; yo os conduciré... Seguidme, aunque contrarie vuestros deseos... El reino de Dios sufre violencia..., y para llegar al término, no ha de ser por donde el hombre dispone, pues como niño que es a los ojos de Dios, apenas sabe andar... Confía en mí, dice Jesús, y yo te llevaré».

Debemos seguir con la vista fija en Él, lo mismo estando entre santos que entre pecadores... Nosotros no somos nada; nada va-

lemos, ni nada servimos cuando estamos distraídos y no hacemos caso del Señor. No perdamos, pues, el tiempo, y si con un pequeño sacrificio, con una oración o con un acto de amor, agradamos al Señor, entonces podemos decir, que por lo menos hemos servido para algo, que es para darle a Él mayor gloria. Esa debe ser nuestra única ocupación y nuestro único deseo.

Padre Pío

Apenas me pongo a orar, enseguida siento mi corazón como invadido por una llama de amor vivo. Esta llama no tiene nada que ver con cualquier llama que destruye, y no causa pena alguna.

Alberto Hurtado

Cada deseo de elevar una oración es Jesús quien me lo sugiere, quien lo arranca, quien lo presenta al Padre y arranca su otorgamiento. ¡Oh, Señor, si lo sintiese bastaría para que fuese santo! Pedir, pues, con fe.

Pedro Julián Eymard

Vean la hora de adoración que han escogido como una hora del paraíso: vayan como si fueran al cielo, al banquete divino, y esta hora será deseada, saludada con felicidad. Retengan dulcemente el deseo en su corazón. Digan: «*Dentro de cuatro horas, dentro de dos horas, dentro de una hora iré a la audiencia de gracia y amor de Nuestro Señor. Él me ha invitado, me espera, me desea.*».

Vayan a Nuestro Señor tal como son, vayan a Él con una meditación natural. Usen su propia piedad y amor antes de servirse de libros. Busquen la humildad del amor. Que un libro pío los acompañe para encauzarlos en el buen camino cuando el espíritu se vuelve pesado o cuando los sentidos se embotan, eso está bien; pero, recuerden, nuestro buen Maestro prefiere la pobreza de nuestros corazones a los más sublimes pensamientos y afecciones que pertenecen a otros.

Yo-nosotros y Dios

Costanzo Donegana, p.i.m.e.

Hemos pedido a algunos religiosos, que se adhieren al Movimiento de los Focolares, que nos comuniquen algo sobre su experiencia de unión con Dios, especialmente en relación a la oración. Las respuestas son vida, sin exuberancias de reflexión académica.

DOS de ellos hablan de la historia de su vida, de los primeros pasos de la oración en familia, en el seminario y sacerdocio.

José Manuel Morales

Agustino español, José Manuel se sitúa en los inicios de su sacerdocio, con la apasionante actividad de formador de jóvenes en los colegios, llena de las más diversas iniciativas.

«Eran los años 60. Yo había sido ordenado en el 63 y mi primer destino fue el colegio del Buen Consejo de Madrid. Tenía 26 años. El trabajo con los muchachos me resultó apasionante. De 1800 alumnos, cerca de 300 eran internos, los cuales absorbían los días enteros sin excluir los fines de semana. Me encargaron en seguida de la dirección espiritual, por lo cual pasaba horas y horas escuchando problemas, aventuras y confidencias de los muchachos. La actividad es imaginable: clases, grupos, retiros, salidas al campo, ejercicios espirituales, escultismo, campamentos,

rondalla, visita a asilos y suburbios los fines de semana; y, con los padres de familia, también charlas, reuniones, retiros...».

Llega el Concilio Vaticano II y Manolo (es el nombre con que es llamado normalmente) queda conquistado por la novedad que el mismo aporta: renovación litúrgica, participación de los laicos, equipo de directores espirituales del colegio: *«El desafío era poder hablar a los chicos de Dios y de las cosas de Dios con tino y con chispa. Hablar de Dios a los muchachos era “el oficio” (infelizmente casi exclusivo) de los directores espirituales del colegio. Yo, entre unas cosas y otras, empecé a hablar menos de Dios y más —me refiero a los mayores, los de 16 y 17 años— de la Universidad, de la relación padres-hijos, muchachos y muchachas».*

Manolo hace una observación importante: *«Había oído decir que cuando salíamos del seminario teníamos cuerda sólo para tres años (“tenéis sólo tres años para vivir de las rentas”). A mí se me pasaron los tres años y creo que los cuatro o los cinco sin que el entusiasmo decayera. Llegamos a reunirnos espontáneamente los direc-*

tores espirituales de colegios de las cuatro Provincias de agustinos de España para encendernos mutuamente “la llama” e intercambiar ideas y experiencias».

En 1967 participa en un encuentro de las “Ejercitaciones por un Mundo Mejor”. Esta experiencia amplía sus horizontes hacia una visión universal de la Iglesia, acentuando la comunión y la unidad. «Pero quedé decepcionado... Era una gran propuesta, nueva, atrayente, pero más a nivel de ideas. Para la realización uno quedaba como desamparado».

Volviendo a la lucha, el colegio conoció años de verdadera efervescencia. «Para no dejar de hablar de Dios “con tino y con chispa” a los muchachos –me decía mi Provincial de entonces– es necesario no abandonar la oración. Yo esto me lo creía (y me lo creo). Mi pobre práctica era la que no me proporcionaba grandes resultados». Y en este momento vuelve a la experiencia de familia: «De niño, en familia, había tenido la gracia de vivir muy naturalmente la referencia a Dios explícita, sin rubores, en todas y cada una de las circunstancias de la vida. Había perdido a mi madre cuando tenía 9 años. Éramos cinco hermanos y la más pequeña –hoy religiosa agustina– tenía dos meses. Mi padre nos habló siempre de la voluntad de Dios con naturalidad. Se rezaba el rosario cada día, se comulgaba diariamente. En casa se hablaba de Dios como de lo más verdadero, lo que no muere nunca, lo que da sentido a todo en la vida. ¿Es que de mayores y en el convento no podía ser explícita también y común la vida sobrenatural? ¿Tenía que quedar reducida a una cuestión privada?».

En 1968 fue nombrado consiliario nacional de los jóvenes de Acción Católica: un cargo unido a muchos otros con el peligro –confiesa– de caer en «un apostolado sin alma». El mismo año también conoció en Madrid un grupo de sacerdotes que hablaban de Dios entre ellos. Lleno de curiosidad, acepta la invitación a una Mariápolis en Ávila a primeros de agosto. «A mí, de este

congreso, me interesaba la parte de los jóvenes: si se reunían juntos chicos y chicas o se reunían separados, qué es lo que hacían en las reuniones, quiénes eran los responsables. No paré hasta conseguir meterme en los grupos de jóvenes y oírles y preguntarles personalmente. En lo que yo trataba o conocía de mi actividad con los jóvenes no había conseguido lo que me pareció encontrar allí: una misteriosa y curiosísima plenitud: sus experiencias, la alegría, la profundidad, la penetración entre ellos... Tenían un secreto que a mí se me escapaba».

«El equilibrio, incluso para nuestra salud mental, reside en la unidad. Aquí hay una gracia que es también para ti y que ilumina el don de la unidad. Vive la unidad. Comienza a vivirla con esta gente. Vívela en tu comunidad. Vamos a vivirla juntos».

Al mismo tiempo Manolo participaba en los encuentros con los sacerdotes presentes y sobre todo pudo hablar con uno de ellos, que le parecía formaba parte de la organización. Entre otras cosas, le hizo una pregunta muy personal: «Cuando yo ando engreído con la actividad apostólica y con los buenos resultados, es como si llevara un globo hinchado en la cabeza que no me permite la unión con Dios. Y cuando no me comprenden o me quedo solo en la brecha (entonces la famosa dirección espiritual del colegio era una auténtica brecha) parece que el globo se deshinchaba y uno anda perdido. Te sientes un trozo de pan manoseado o un limón exprimido y Dios se te queda cada vez más lejos». La respuesta fue muy simple: «El equilibrio, incluso para nuestra salud mental, reside en la unidad. Aquí hay una gracia que es también para ti y que ilumina el don de la unidad. Vive la unidad. Comienza a vivirla con esta gente. Vívela en tu comunidad. Vamos a vivirla juntos».

Manolo vuelve a Madrid desde Ávila con una preocupación: ¿qué hacer para no perder aquel espíritu? Está convencido de que ha llegado a la Iglesia una nueva vocación con la misión única y exclusiva de promover la unidad, de iluminarla viviéndola. Por esto, empieza a reunirse con otros seis religiosos de distintas familias religiosas. «Comprendí lo que es un carisma –comenta–. Y en aquella pequeña reunión de religiosos se me presentó de un modo completamente nuevo, en toda su belleza, la dimensión carismática de la Iglesia. Comprendí que nuestras órdenes y congregaciones son “movimientos” en la Iglesia, de la Iglesia, para iluminarla y vivificarla. Son una presencia de Cristo. Todos y cada carisma, todos y cada fundador nacieron y están para el bien de toda la Iglesia».

«Por tanto –concluye–, en el corazón de los que estábamos en aquel grupo y de nuestras familias religiosas, había una tensión a la unidad (“que todos sean uno”), para la realización del Testamento de Jesús. La que podíamos llamar “espiritualidad de la unidad” era una espiritualidad perfectamente eclesial, que nos atañía directamente, porque nuestras órdenes son Iglesia».

Manolo concluye su testimonio con un toque mariano: «Lo que llegaba a la Iglesia a través de la Obra de María era la santidad colectiva y una nueva vocación al servicio de todos, una invención de María para hacernos crecer como hijos semejantes a ella, un sello divino. Para realizar esto, se requiere un camino de maduración, que disuelva nuestro hombre viejo y forme en nosotros al hombre nuevo. Así, “cristificados”, terminamos por “parecernos a la Madre”, adquirimos sus mismos rasgos como verdaderos hijos y con “naturalidad” –con la misma sangre–, nos dirigimos a ella y ella nos reconoce. Y desarrollando el “hombre nuevo”, adquirimos un “sello” mariano, que nos permite revivir a María». Y, progresivamente, canta con estupor: «¡Pasamos de la devoción y de la misma imitación, a... revivir a María!».

Joseph Schwind

Con Joseph nos trasladamos, al menos inicialmente, a Alemania: «He tenido la alegría de nacer en una familia cristiana; soy el penúltimo de seis hijos. Mis padres, pequeños agricultores, imprimieron fuertemente en mí la unión con Dios con el rezo del rosario, que hacíamos diariamente yendo al campo. Una palabra de mi madre me ayuda todavía: “Jesús, haz que te ame cada vez más. Y la única recompensa sea que te amé aún más”. La lectura de la vida de los santos –prosigue Joseph–, que nuestra madre nos hacía el domingo por la tarde, sentados alrededor de una mesa grande, era su mayor y nuestra mayor alegría. Quizá allí sentí por primera vez la presencia de Dios en medio de nosotros. Y esto fue lo que me dispuso para la vida religiosa-sacerdotal».

Joseph entra en el seminario de los padres palotinos sobre todo por el “fervor misionero” del instituto, que desde la infancia –confiesa– «lo llevaba en los huesos». En los primeros días le impresiona el tema de un retiro: Dios, Amor Infinito. Durante el noviciado busca siempre “algo más”, y con algunos compañeros, durante los recreos y los paseos, comparte sus experiencias de Dios.

En el segundo año de filosofía, un día el superior pregunta a los estudiantes: «¿A quién de vosotros le gustaría ir a Brasil?». Todos responden afirmativamente. Son elegidos Joseph y otros dos, que parten pocos días después. «Sin ser una isla en la gran comunidad donde vivíamos en Brasil –precisa–, poníamos en común entre nosotros nuestras experiencias de Dios y rezábamos todos los días el rosario».

A los 25 años es ordenado sacerdote. «Una gran preocupación mía era ser siempre fiel a la voluntad de Dios con las personas y a la vida de oración (meditación, breviario, rosario). Nunca utilicé la media hora de meditación para preparar la homilía del domingo siguiente. Sin embargo, sinceramente, he de confesar que mi oración era más el cumplimiento de un deber que un verdadero encuentro con Dios».

Tiene que hacerse cargo de la formación (prefecto de disciplina, maestro de novicios, rector del seminario mayor, director espiritual), pero quizá su mayor satisfacción es *«poder hacer misiones populares en pequeñas comunidades rurales, donde el pueblo sencillo, mediante su religiosidad popular, me ha enseñado a rezar y a tener verdaderamente un contacto profundo con Dios»*.

«Soledad y dolores increíbles, con experiencia de depresión, infección hospitalaria, peritonitis aguda y pleuritis aguda. Me someten a cinco operaciones. Me doy cuenta de que puedo aportar mi pequeña contribución a la Redención, abrazando a Jesús crucificado y abandonado: ayudar a los hermanos en crisis, familias ante la vida que empieza a nacer, unión de los movimientos, vida nueva en la Iglesia».

Joseph participará en la Mariápolis en 1971, *«fundamental para una “nueva” unión con Dios –subraya–. Sentí una presencia muy fuerte de Dios por el clima de fraternidad y de alegría entre los mil participantes. Eran personas de toda edad, clase y profesión –campesinos, médicos, abogados, sacerdotes, etc.–, todos comprometidos y activos, que hacían la limpieza, servían durante las comidas, fregaban los platos, compartían las experiencias con la sonrisa en los labios. Para mí era una experiencia de Paraíso»*.

Cuatro años después, Joseph tiene ocasión de pasar un año en el Centro internacional de espiritualidad y de comunión para sacerdotes del Movimiento de los Focolares cerca de Roma, durante el cual –dice– *«viví una nueva aventura de descubrir a Dios no sólo en mí, sino de tener “Jesús en medio” de nosotros»*. Como raíz de esta unidad descubre a Jesús crucificado y abandonado, al cual se consagra, y que le toma la palabra: volvien-

do a Brasil, le piden ser rector del seminario mayor, en plena crisis. Lo sostiene la unidad con otro religioso, con el cual se reúne casi todas las semanas, pudiendo tener la presencia de Jesús entre ellos: *«Para mí fue como un ángel en mi Huerto de los Olivos»*, comenta.

Después de seis años, le confían una parroquia en el Estado de Sao Paulo. En su entrada oficial, declara al pueblo que el párroco sería Jesús y no él, y por eso está dispuesto a dar su vida por cada uno de los parroquianos, y si hubiese al menos una persona con la misma disposición, la parroquia se trasformaría realmente en Reino de Dios. Inmediatamente una persona se ofrece y poco a poco se presentan otras. Nace un grupito que se reúne todos los sábados en torno a la Palabra de Vida, que tratan de poner en práctica.

Unos años después, Joseph sufre un gravísimo accidente de autocar que lo inmoviliza durante cinco semanas en la sala de reanimación: *«Soledad y dolores increíbles, con experiencia de depresión –recuerda–, infección hospitalaria, peritonitis aguda y pleuritis aguda. Me someten a cinco operaciones. Me doy cuenta de que puedo aportar mi pequeña contribución a la Redención, abrazando a Jesús crucificado y abandonado: ayudar a los hermanos en crisis, familias ante la vida que empieza a nacer, unión de los movimientos, vida nueva en la Iglesia»*.

Los frutos son muchos: *«Una nueva idea de la vida; un programa sobre la Palabra de Vida en la radio con más audiencia de la ciudad; una nueva unidad en la parroquia; un desarrollo increíble del “Lar dos Meninos”, una obra para menores de edad (huérfanos, chicos de la calle o en riesgo) y para familias más o menos regulares para darles un nueva visión de la vida. La obra atiende a mil personas, la mitad de ellas menores»*.

Hace dos años, Joseph es trasladado a Roma, a la iglesia donde está enterrado su fundador, san Vicente Pallotti. Diariametne

recibe un buen número de visitantes de todo el mundo y de diversas convicciones religiosas. Su experiencia de unión con Dios pasa especialmente a través de su «tratar de hablar siempre de Jesús a Jesús. Esto funciona y alegra a todos», asegura.

Matteo Rebecchi

Junto a dos religiosos “maduros”, hemos interpelado a un javeriano italiano más joven, misionero en Indonesia. Matteo cuenta de manera escueta y “enjundiosa” cómo vive en concreto la unión con Dios. Reproducimos su testimonio sin comentarios, que huelgan.

«He recibido un mail de un gen. Me cuenta que cuando limpiaba el pavimento de su casa por amor, había sentido una alegría profundísima, como si hubiese nacido en aquel momento sólo para realizar el trabajo que estaba haciendo. Por casualidad hoy precisamente yo debía limpiar mi habitación. Me he puesto a barrerla y pasar la fregona con la mayor precisión posible para seguir el ejemplo de mi amigo. También yo he probado alegría, como si ese simple trabajo se hubiese convertido en algo bellissimo y sagrado. He pensado que en cualquier momento y en cualquier actividad, el encuentro con Dios es posible. Ya no hay tiempos “vacíos” o acciones “insignificantes”, sino que cualquier cosa que hacemos puede convertirse en tiempo sagrado si la vivimos en el amor».

«Un día volvía de la iglesia, que está cerca de casa, donde había participado en la fiesta de boda de un amigo. Caminando, pasé ante un taller y vi en el suelo un clavo, delante de la verja de entrada. Como por esa verja pasaban muchos automóviles, aquel clavo podía resultar dañino. Pero proseguí la marcha porque pensé que no me correspondía a mí limpiar la oficina. Además, iba bien vestido, y no es normal que una persona “distinguida” se detenga a recoger un clavo. Seguí adelante, pero pronto una voz me susurró al corazón y me invitó a volver atrás para recoger el

clavo. Me vino a la mente la Palabra de Vida que dice “orad continuamente”, y me sentí impulsado a decir: “Por Ti en los amos de los automóviles que atravesarán esta verja”. Volví atrás y recogí el clavo, y luego me fui a casa contento. Si “oro continuamente”, un clavo también puede hacerme feliz».

«Normalmente todos los días, antes de la misa, dedico tiempo a la meditación leyendo la Biblia (las lecturas de la misa) u otros escritos espirituales. Me doy cuenta de que cada vez estoy tomando mayor conciencia de la belleza del tiempo dedicado a la meditación. Como preparación, hago siempre un momento de silencio, acallando las voces que tengo en el alma. Este simple paso a menudo es suficiente para sentir paz y una alegría especial, porque me hace consciente de que estoy encontrándome con el Señor. A menudo me doy cuenta de que logro gozar de los pasos sucesivos, avanzando la meditación: sin prisa me pongo a leer una frase tras otra, con calma. Luego me detengo para contemplar y hablar con Dios cuando hay alguna palabra que me impresiona especialmente... Me doy cuenta de que la meditación no es tanto una obligación que tengo como sacerdote y que tampoco representa un modo de aprender algo, sino que más bien es la posibilidad de

«Por casualidad hoy precisamente yo debía limpiar mi habitación. Me he puesto a barrerla y pasar la fregona con la mayor precisión posible para seguir el ejemplo de mi amigo. También yo he probado alegría, como si ese simple trabajo se hubiese convertido en algo bellissimo y sagrado. He pensado que en cualquier momento y en cualquier actividad, el encuentro con Dios es posible. Ya no hay tiempos “vacíos” o acciones “insignificantes”, sino que cualquier cosa que hacemos puede convertirse en tiempo sagrado si la vivimos en el amor».

Estar enteramente con Jesús

María del Carmen Ruiz Izquierdo, m.e.n.

«Sin oración no hay vida de oración». Buscando la unidad dentro y fuera de sí mismo con Dios y con el otro. Un camino posible para todos.

LA oración ha ejercido siempre en mí gran atracción. Con el transcurrir del tiempo he comprendido, como dice Chiara Lubich, que tiene una gran fascinación para todos los hombres, incluso cuando no somos conscientes de esto, porque la relación con Dios es inherente a la naturaleza humana, habiendo sido creados a su imagen y semejanza.

«El hilo de oro»

Descubrir cómo he vivido el deber que Jesús nos pide de «orar siempre» (Cf. Lc 18, 1), es una propuesta fascinante, porque me ayuda a tomar conciencia del “hilo de oro” que atraviesa toda mi vida. Es la fidelidad del Amor de Dios que me incorporó a Jesús en el bautismo y que nunca me abandona a pesar de mi pobreza, infidelidad y pecados.

Cada día cuido el “tiempo sagrado” de la oración, como me invitan a hacer mis Constituciones, preparándome con responsabilidad y con mucho amor. Lo primero que hago es ponerme (colocarme) junto a María, la Madre, para aprender de ella la

relación con Dios. Luego entro dentro de mí, como dice Teresa de Jesús, para “examinar la conciencia”. Veo necesario pedir su perdón, llamar al gran Amigo, al Espíritu Santo, para que me purifique y me haga capaz de Dios. No puedo seguir adelante sin ser consciente de su presencia, sin sentir sobre mí el peso de su mirada de amor. Cuando vivo mi jornada amando, entonces doy este paso con facilidad, porque me encuentro en soledad con el que ya he redeseado servir y amar.

Mi fundador, Manuel González García, ha escrito en uno de sus libros, *Recemos delante del Tabernáculo como se rezaba en el Evangelio*, un párrafo donde define ampliamente la oración. Creo que resume su experiencia y es un texto que ha influido mucho en mí. Dice así: «*La oración es la llave de oro que abre completamente el Corazón de Jesús: la luz de vida que disipa las tinieblas y explica los misterios; el bálsamo que cura las heridas del alma, sana los cuerpos, perfuma la vida; el secreto de la paz y de la felicidad en medio de las penas acerbas; el fundamento de la más excelsa santidad*».

Todo el día

«*La oración es la llave de oro que abre completamente el Corazón de Jesús*». Cuando siento que entro en el Corazón de Cristo vivo una experiencia maravillosa: me hallo en esa corriente de amor trinitario, nuestra verdadera casa, donde realizo la comunión con el Amor a la que he sido llamada desde toda la eternidad y donde aprendo a ser un don para todos.

Una vez leí que un periodista preguntó a María Voce, presidente del Movimiento de los Focolares: «*¿Cuánto tiempo dedicas a la oración?*». Y ella respondió: «*Todo el día*».

Después descubrí la raíz de esta respuesta en las palabras de Chiara Lubich: «*Desde los primeros meses subrayamos el deber de “orar siempre” que Jesús pidió. Pero ¿cómo podíamos orar siempre? Estaba claro que no podía ser multiplicando los actos de piedad... Podíamos orar siempre si éramos Jesús, porque Jesús ora siempre. Si en cualquier acción nuestra no éramos nosotros los que vivíamos, sino Cristo en nosotros, la jornada podía ser una oración continua. Y esto era posible si centrábamos la vida en el amor, si éramos una viva expresión de la palabra “amor”, síntesis de toda la Ley y los Profetas*»¹.

Investigando sobre mi fundador, con sorpresa he descubierto que también a él le habían hecho la misma pregunta. Y su respuesta fue: «*Las veinticuatro horas del día, porque cuando un alma se entrega a Dios, todo el tiempo se lo debe a Él*». También estas “coincidencias” me empujan a vivir orando.

La Palabra de vida y la oración me ayudan a entrar en el Corazón de Cristo y a ser cada vez más una sola cosa con Él en mi pensar, sentir y obrar, superando obstáculos y resistencias. Poco a poco se va unificando mi jornada, porque en cada momento puedo vivir con Jesús sirviendo a los demás, perdonando de corazón las pequeñas o grandes ofensas, amando siempre a todos con alegría.

Unidad y Carismas

El bálsamo

«*El bálsamo que cura las heridas del alma, sana los cuerpos, perfuma la vida*». Un día me encontraba realmente cansada, porque me había ofrecido, a causa de la enfermedad de una hermana de comunidad, a hacer durante una semana un trabajo difícil para mí en aquel período. El primer día, a las once de la noche, aún no había encontrado la hora determinada por nuestras Constituciones para estar ante Jesús eucaristía.

Sabía que el amor y la misericordia de Dios lo suplen todo, pero, conociéndome a mí misma, sabía también que si hubiese dejado aquel día la hora de adoración, la hubiera dejado toda la semana. Decidí quedarme y le dije a Jesús: «*No soy capaz de pensar, sólo puedo estar aquí contigo, con amor y por amor*». Cuando terminó la hora me encontré lúcida, llena de bienestar físico y sobre todo experimenté que era profundamente amada.

El secreto

«*El secreto de la paz y de la felicidad en medio de acerbos penas; el fundamento de la más excelsa santidad*». En 1970 participé por primera vez en una Mariápolis, en la cual se profundizaba el misterio de Jesús crucificado y abandonado. Me transformó la vida: una luz potente me lo hizo ver todo más luminoso y me ayudó a afrontar las situaciones dolorosas con la fecundidad del amor.

Soy misionera eucarística y la espiritualidad de Chiara Lubich me recuerda que mi relación con Jesús eucaristía no puede quedarse sólo en un rito, sino que, como dice mi fundador, debo “ser eucaristía viva”.

La celebración eucarística es el momento más precioso de mi jornada: presento a Jesús mi “nada”, llena de confianza en la acción salvífica que estoy celebrando; me ofrezco con Él al Padre y le presento, como cosa

mía, todas las necesidades de la humanidad.

Antes de la misa, para prepararme al encuentro con Jesús eucaristía, me comprometo a acoger a Jesús en el hermano; luego trato de realizar cada acción, cada encuentro, cada relación construida o por construir como una ocasión de agradecimiento y de alabanza.

Mi gran deseo, y voluntad de Dios para

mí, es revivir el amor con el cual Jesús se hace presente en la celebración eucarística, donde Él «*está dándose en sacrificio y en silencio*». Será el fruto de la oración, de “estar con Él” enteramente para recibir la vida del Resucitado.

¹ Chiara Lubich, *Un camino nuevo*, Ciudad Nueva, Madrid, p. 86-87.

EL HOMBRE EN ORACIÓN

«Cuando hablamos de la oración como experiencia del hombre en cuanto tal, del *homo orans*, es necesario tener presente que es una actitud interior, antes que una serie de prácticas y fórmulas, un modo de estar frente a Dios, antes que de realizar actos de culto o pronunciar palabras. La oración tiene su centro y hunde sus raíces en lo más profundo de la persona; por eso no es fácilmente descifrable y, por el mismo motivo, se puede prestar a malentendidos y mistificaciones. También en este sentido podemos entender la expresión: rezar es difícil. De hecho, la oración es el lugar por excelencia de la gratuidad, del tender hacia el Invisible, el Inesperado y el Inefable...

En la experiencia de la oración la criatura humana expresa toda la conciencia de sí misma, todo lo que logra captar de su existencia y, a la vez, se dirige toda ella al Ser frente al cual está; orienta su alma a aquel Misterio del que espera la realización de sus deseos más profundos y la ayuda para superar la indigencia de su propia vida. En este mirar a Otro, en este dirigirse «más allá» está la esencia de la oración, como experiencia de una realidad que supera lo sensible y lo contingente.

Sin embargo, la búsqueda del hombre sólo encuentra su plena realización en el Dios que se revela. La oración, que es apertura y elevación del corazón a Dios, se convierte así en una relación personal con él. Y aunque el hombre se olvide de su Creador, el Dios vivo y verdadero no deja de tomar la iniciativa llamando al hombre al misterioso encuentro de la oración. Como afirma el *Catecismo*: “*Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración; la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de alianza. A través de palabras y de acciones, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Este se revela a través de toda la historia de la salvación*” (CIC, n. 2567).

Aprendamos a permanecer más tiempo delante de Dios, del Dios que se reveló en Jesucristo; aprendamos a reconocer en el silencio, en lo más íntimo de nosotros mismos, su voz que nos llama y nos reconduce a la profundidad de nuestra existencia, a la fuente de la vida, al manantial de la salvación, para llevarnos más allá del límite de nuestra vida y abrirnos a la medida de Dios, a la relación con él, que es Amor Infinito».

Benedicto XVI, *El hombre en oración (2)*, Audiencia general, 11 mayo 2011

El Castillo «exterior»

Bruno Moriconi, o.c.d.

Presentación del libro de J. Castellano Cervera, o.c.d.: El castillo exterior. Lo “nuevo” de la espiritualidad de Chiara Lubich, editado por Fabio Ciardi, o.m.i.

AVILA es a santa Teresa y a los Carmelitas teresianos –desgraciadamente conocidos como “Descalzos”, el calificativo genérico de los “reformados”–, como Asís es a san Francisco y a los franciscanos.

Parto de esta especie de ecuación histórico-geográfica porque –idealmente– es aquí donde Chiara y Jesús Castellano se encuentran. Padre Jesús halla ahí otra Madre espiritual además de Teresa, y Chiara a otro de sus numerosos hijos que, por declaración explícita de Chiara, es un «*perfecto camelita enamorado* [al mismo tiempo] *del Ideal*» que, según Chiara, vivía con la pureza y la sencillez de los niños del Evangelio¹.

Un hijo que, precisamente por su identidad carmelitana vivida junto con el Ideal, es también uno de sus maestros de referencia cada vez que Chiara quiere someter [al teólogo teresiano] sus opciones proféticas para verificar si están en consonancia con la tradición espiritual de la Iglesia.

Así pues, igual que no se puede hablar de Teresa sin recordar sus numerosos consejos, así, en el futuro, no se podrá recordar a Chiara sin el nombre de aquellos que han sido iluminados por ella, pero que, cada cual a su modo, también la han ayudado. Y entre estos, Jesús Castellano –lo confirman las numerosas admisiones de la misma Chiara recordadas en la introducción de este libro– seguirá ocupando un lugar de relieve.

Teresa y Chiara, Chiara y Teresa

Dentro de las espléndidas murallas de Ávila, con sus ochenta y ocho torreones y en esta relación personal es donde se ilumina también el título de este libro, editado por Fabio Ciardi para Città Nuova: *El castillo exterior. Lo “nuevo” en la espiritualidad de Chiara Lubich*.

En el otoño de 2002, con ocasión de su viaje a España para visitar algunas realida-

des de la Obra de María, Chiara Lubich quiso visitar algunos lugares teresiano-sanjuanistas en Ávila y en Segovia, por la particular “amistad espiritual” que la unía a los Santos del Carmelo.

La visita –guiada por José Damián Gaitán de Rojas, o.c.d.– fue como una peregrinación espiritual que la llevó también, en compañía de D. Pasquale Foresi y otros dirigentes de la Obra de María, a un cordial encuentro con la comunidad de La Encarnación, el monasterio en el que Teresa se hizo monja carmelita en 1535 y al cual volvió como priora en 1571, después de haberse convertido, desde 1562, en Madre de otro tipo de Carmelo. Y allí donde, en el libro de oro del monasterio, Chiara escribió estas palabras. *«Gracias, santa Teresa, por todo cuanto has hecho por nosotros durante nuestra historia. ¡Gracias! Pero el “gracias” más hermoso te lo daremos en el Paraíso. Sigue velando sobre todos nosotros, sobre nuestro “Castillo exterior”, que el Esposo ha suscitado en la tierra como complemento de tu “Castillo interior” para la Iglesia, hermosa como la deseaste. Hasta la vista, santa Teresa. Abrazándote. Chiara».*

Era el 2 de diciembre de 2002. Chiara tenía ya casi 83 años y morirá seis años después, el 14 de marzo de 2008. El Padre Castellano tenía entonces 61, y murió el 14 de junio de 2006, a los 65 años, el día del Corpus Christi.

Como se deduce de la lectura de este libro, tanto de los escritos de Castellano como de la pertinente introducción de Ciar di, no era la primera vez que Chiara, para hablar de la novedad de la espiritualidad que el Señor había suscitado en la Iglesia por medio de ella y de la Obra de María, usaba, y tal vez se podría decir también “osaba”, esta expresión.

El mismo año 2002 se habían publicado en *Città Nuova* dos libros de Chiara sobre este tema: *Un camino nuevo. La espirituali-*

dad de la unidad y Construyendo “el castillo exterior”.

Sin embargo, haber querido escribirlo en el libro de oro del monasterio históricamente más teresiano, fue como una declaración de la consciente complementariedad de las dos intuiciones, la suya y la de Teresa.

Una complementariedad que explica también la espontánea “sintonía” y el natural encuentro entre Chiara y Castellano, el cual, no sólo era hijo de Teresa, sino también un especialista en su doctrina.

“Castillo exterior” y “Jesús Abandonado” son los dos pilares de la espiritualidad de los Focolares. Dos columnas que Chiara sintió, ambas, emparentadas con los dos santos padres del Carmelo teresiano: Teresa de Jesús, por lo que se refiere a la imagen del “Castillo”, y Juan de la Cruz, por lo que se refiere a la espiritualidad de “Jesús Abandonado”, del cual el santo escribió admirablemente en el capítulo 7 de la segunda parte de la Subida al Monte Carmelo.

«Gracias, santa Teresa, por todo cuanto has hecho por nosotros durante nuestra historia. ¡Gracias! Pero el “gracias” más hermoso te lo daremos en el Paraíso. Sigue velando sobre todos nosotros, sobre nuestro “Castillo exterior”, que el Esposo ha suscitado en la tierra como complemento de tu “Castillo interior” para la Iglesia, hermosa como la deseaste. Hasta la vista, santa Teresa. Abrazándote. Chiara».

Lo había dejado escrito Chiara misma en el libro de oro del convento de Segovia, dirigiéndole al santo esta oración: *«San Juan de la Cruz, ¡henos aquí, algunos dirigentes de la Obra de María, venerándote donde aún estás tan presente! Gracias por lo que has hecho por noso-*

tros durante nuestra historia. ¡Cuánta luz! ¡Cuánto ánimo para seguir nuestro camino en pos de Jesús Abandonado, que tú también conociste! Sigue ayudándonos con tu carisma y nosotros podremos así, un día, verte en el Paraíso. Por todos, Chiara».

Y, “Castillo exterior” y “Jesús abandonado” son los dos pilares de los que habla Jesús Castellano en este libro sobre la novedad de la espiritualidad de la Obra de María.

El libro de Jesús Castellano

El libro (*El castillo exterior. Lo “nuevo” en la espiritualidad de Chiara Lubich*, de 124 páginas), además del prólogo del superior general de la Orden, Saverio Cannistrà, y de la documentada introducción de Fabio Ciardi, contiene nueve aportaciones de Castellano, dos de las cuales, la tercera y la cuarta, inéditas. Nueve escritos sobre la espiritualidad de la Obra de María, o mejor aún, como reza el subtítulo, sobre “lo nuevo” de la espiritualidad de Chiara Lubich.

Van de 1991 a 2006, aunque la aportación número siete, *Eucarestia e Vita Trinitaria*, apareció en “Nuova Umanità” en 2007, año posterior a su muerte, que tuvo lugar el 14 de junio de 2006. Los otros seis aparecieron: cuatro en “Unidad y Carismas” (quinto, sexto, octavo y noveno), uno (el primero) en el volumen *Abitando la Trinità* (editores Coda y Zalk en 1998) y el otro (el segundo) en el volumen de Chiara Lubich, *La doctrina espiritual* (Ciudad Nueva 2002).

En el primero, *Hacia una nueva ontología mística*, se trata del carisma de Chiara centrado en la oración por la unidad que revela la Trinidad, carisma que puede hacerse portador de esa espiritualidad trinitaria que todo el mundo necesita.

En el segundo, *Una espiritualidad que une el vértice de lo divino y el hombre*, focalizando

los dos aspectos fundamentales del Movimiento, la *unidad* y *Jesús Abandonado*, Castellano muestra cómo esta espiritualidad se ha de entender como experiencia de la Iglesia, imagen de la Trinidad.

El tercero, *La espiritualidad de la Unidad. Novedad y dinamismo para la Iglesia y la sociedad*, es un escrito que Chiara le pidió expresamente, con una carta inédita de 1992, como ayuda para la especificación de la espiritualidad de su Movimiento.

El cuarto, *Mi experiencia en la Escuela Abba*, es una narración todavía inédita en la que el P. Jesús expresa toda la alegría de poder vivir, como miembro de la Escuela Abba, en estrecha relación con Chiara.

El quinto, *Del “Castillo interior” al “Castillo exterior”*, es el que da título al volumen y al cual, estudiando lo específico de la espiritualidad del Movimiento, Castellano ha dedicado mayor atención.

«San Juan de la Cruz, ¡henos aquí, algunos dirigentes de la Obra de María, venerándote donde aún estás tan presente! Gracias por lo que has hecho por nosotros durante nuestra historia. ¡Cuánta luz! ¡Cuánto ánimo para seguir nuestro camino en pos de Jesús Abandonado, que tú también conociste! Sigue ayudándonos con tu carisma y nosotros podremos así, un día, verte en el Paraíso. Por todos, Chiara».

En el sexto, *Jesús Crucificado y abandonado, clave y síntesis de la espiritualidad*, se ha de notar la falta de especificación del término espiritualidad. De hecho, en el subrayado de Castellano, *Jesús crucificado y abandonado* no es el vértice de la espiritualidad del Movimiento de los Focolares, sino de la espiritualidad cristiana *tout court*.

En el séptimo, *Eucaristía y vida trinitaria*, como teólogo dogmático y místico, P. Jesús examina la experiencia eucarística de Chiara, sobre todo en referencia al 16 de julio de 1949.

«En la espiritualidad de la unidad, ella [Chiara] ve un designio de Dios, o mejor, podemos decir, ve “el designio de Dios”: la vida divina transmitida para ser vivida por nosotros, no de manera individual, sino en comunión, al modo de la Trinidad.

...El Reino de Dios en la Tierra.

...Una mística comunitaria».

En el octavo, *Vida religiosa y movimientos eclesiales*, pone de relieve que el Movimiento de los Focolares ha anticipado e inspirado la evolución positiva que dicha relación adquirirá, sobre todo a partir de *Vita consecrata* de Juan Pablo II, del 25 de marzo de 1996.

En cierto modo, en continuidad con el anterior, su última aportación, *El carisma de la unidad y los carismas de la vida consagrada*, contiene tres reflexiones sobre algunas ideas de Chiara sobre los carismas de la vida consagrada y sobre cómo este modo suyo de pensar puede llevar a una comunión cada vez más fecunda en la Iglesia.

Del “Castillo interior” al “Castillo exterior”

Como hemos dicho, esta es la aportación que da título al volumen y a la cual, estudiando lo específico de la espiritualidad del Movimiento, Castellano ha dedicado mayor atención y extensión que a las otras.

¿Qué decir? ¿Cómo contarlos? Como en todos los demás trabajos, el acento está en la novedad que muy a menudo Castellano

hace sentir –además de como hecho objetivo– también como una sorpresa esperada y consoladora para él mismo.

Sí, porque la conexión entre él y Chiara tiene lugar, antes que junto a Teresa, junto a la oración por la unidad del capítulo 17 del cuarto Evangelio. Igual que san Juan de la Cruz, el P. Jesús se lo sabía de memoria y –como confesará a la edad de treinta y seis años en una carta a Chiara del 28 de agosto de 1977–, lo había recitado el día de su ordenación, mientras estaba postrado en el suelo y se cantaban las letanías de los santos.

¿Cuál es, pues, esta novedad? ¿Se trata de un itinerario espiritual recorrido en común, donde los hermanos no son solamente la prueba del amor hacia Dios (*Mt 25* y *1Jn 2, 9*), sino el lugar “sacramental” de la actuación del Evangelio, lugar de encuentro con Dios y de crecimiento espiritual en la circularidad del amor?

Parece que sí, pues ya el 8 de noviembre de 1950, Chiara expresaba todo su estupor con estas palabras: «*Es admirable el designio de Dios: este Reino de los Cielos, este castillo exterior, en el cual Dios está entre nosotros*»².

Estas palabras, por su parte, Jesús Castellano las explica así: «*En la espiritualidad de la unidad, ella [Chiara] ve un designio de Dios, o mejor, podemos decir, ve “el designio de Dios”: la vida divina transmitida para ser vivida por nosotros, no de manera individual, sino en comunión, al modo de la Trinidad*» (p. 59). El «*Reino de Dios en la tierra*», añade. «*Una mística comunitaria*».

El Reino comienza con Jesús, semilla echada por el amor de Dios entre nosotros. Hay que tomar en serio *Mt 18, 20*, donde Jesús dice: «*Donde hay dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*». En el pasado se le daba más importancia, observa P. Jesús, a *Lc 17, 21*, sobre todo a partir de la traducción no precisamente exacta («*El reino de Dios está dentro de vosotros*») y

hoy presentada así: «*¡El reino de Dios está en medio de vosotros!*».

Sea como sea, el “castillo exterior” hace referencia a la experiencia de la unidad con Jesús “en medio de nosotros”, «*principio –observa agudamente– y dinamismo de una nueva vida comunitaria, eclesial, trinitaria*» (p. 60). «*Este Reino de los cielos –en las palabras de Chiara de 1950–, este castillo exterior en el que Dios está entre nosotros*».

Para una “mística eclesial”

¿Se puede, entonces, hablar de un *alma comunitaria*? «*Teresa –escribe Castellano– piensa más bien en el alma del justo... toda iluminada por la presencia de Dios... – la referencia es a las Moradas Primeras 1, 1 y a las Séptimas 1, 6–. Chiara intuye que el castillo exterior no concierne sólo a almas individuales, sino a todos aquellos que se adhieren a este designio de Dios*». «*Los que comparten el carisma de la unidad –añade– están de tal modo unidos en el amor unos a otros que constituyen como un alma comunitaria*». En otras palabras, viven «*ya la dimensión trinitaria y eclesial de la espiritualidad*» (p. 61).

Chiara, recuerda P. Jesús, lo había explicado en un encuentro con los obispos amigos del Movimiento de los Focolares, ya en 1971, con estas palabras: «*Es un camino, en fin, que se recorre juntos, en el cual se busca la santidad del otro como la propia*» (p. 63).

Y, en 1984, a otro grupo de obispos, con una clara alusión a la novedad, había concluido: «*Un castillo interior, como santa Teresa llamaba a la realidad del alma habitada por Su Majestad, está bien descubrirlo e iluminarlo. Es el culmen de santidad en un camino individual. Ahora tal vez ha llegado el momento de descubrir, iluminar y edificar para Dios también su castillo exterior, por decirlo así, con Él en medio de los hombres*» (pp. 63-64).

Se trata de una «*mística eclesial*», traduce

Castellano en la p. 64, dado que Chiara la había llamado «*unidad con los hermanos en la realidad del Cuerpo Místico de Cristo, en el cual todos somos hermanos*» (p. 65). «*Esta espiritualidad de la unidad –concluye Castellano, citando un escrito suyo de 1983– ... no es sólo una experiencia particular, sino una gracia para la Iglesia, como la experiencia del Castillo interior o de la Noche oscura fueron gracias para la Iglesia del siglo XVI, y hoy asimiladas en la Teología Espiritual a nivel eclesial*» (p. 67).

«Un castillo interior, como santa Teresa llamaba a la realidad del alma habitada por Su Majestad, está bien descubrirlo e iluminarlo. Es el culmen de santidad en un camino individual. Ahora tal vez ha llegado el momento de descubrir, iluminar y edificar para Dios también su castillo exterior, por decirlo así, con Él en medio de los hombres.»

Con palabras mías, quiero concluir que las cosas que suceden entre Dios y el Alma en la morada más secreta del Castillo del que habla Teresa de Jesús, deben suceder también en el encuentro “fraterno” en busca de la Unidad.

Creo que Chiara –con esta espiritualidad que algunas veces ha llamado también “colectiva”– quiere impulsarnos a pensar precisamente esto. A tomar conciencia, a tomar en serio esas palabras. Jesús resucitado está con nosotros todos los días, y donde dos o tres se reúnen en su nombre, Él está allí, en medio de ellos y con ellos. Y ellos están allí, con Él, en el corazón de la Trinidad.

¹ Cf. *Mariapoli* 23 (2006) 40-41.

² Inédito citado en p. 59.

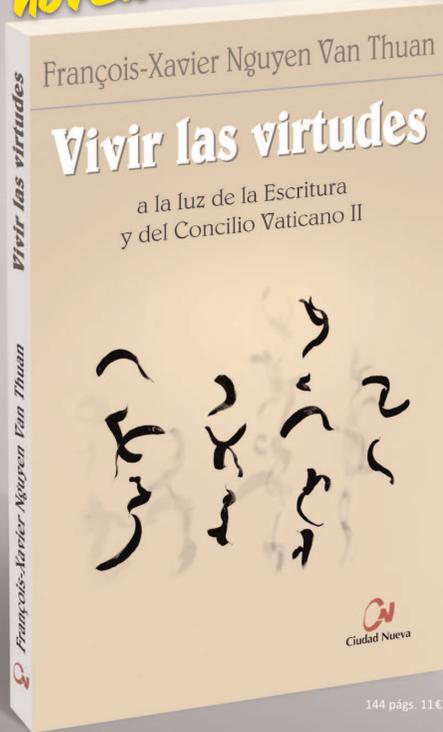
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad- II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».
78. Vino renovado en odres renovados.
79. Iglesia «semper reformanda».
80. Carismas en comunión.
81. Laicidad y carismas.
82. Santificarse juntos.
83. Diálogo intercultural e interreligioso.

Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.

novedad

Del Card. Van Thuan



144 págs. 11 €

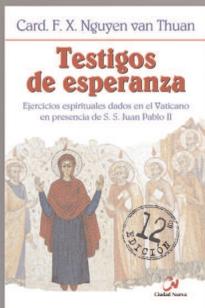
Vivir las virtudes

a la luz de la Escritura
y del Concilio Vaticano II

El libro contiene una serie de pensamientos escritos en prisión, y unos comentarios que el autor concibió años más tarde, ya en libertad, cuando pudo consultar los textos bíblicos y del Concilio Vaticano II a los que se refería mientras escribía sus aforismos.

¿Por qué este libro ahora? Por la oportunidad de releer y profundizar en el Concilio, tan actual a 50 años vista, y porque siempre necesitamos testigos y profetas de la esperanza que nos acompañen en nuestra vida personal y social.

Otras obras del mismo autor



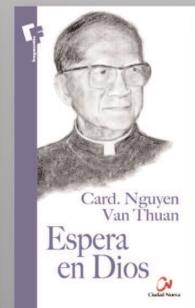
256 págs. 13 €



128 págs. 10 €



88 págs. 8 €



96 págs. 9 €


Ciudad Nueva

Adquiéralos en su librería, en nuestra página web www.ciudadnueva.com
o llamándonos al teléfono 91 725 95 30